

# La Revista Blanca



## Colaboradores

Soledad Gustavo

Luisa Michel

Pedro Dorado

F. Giner de los Ríos

Juan Giné y Partagás

Pompeyo Gener

U. González Serrano

José Esquerdo

A. Sánchez Pérez

Fernando Tarrida

Francisco Salazar

Manuel Cossío

Carlos Malato

Miguel Unamuno

Anselmo Lorenzo

Fermín Salvochea

Ricardo Mella

Jaime Brossa

Ricardo Rubio

Pedro Corominas

José Nakens

Nicolás Estévanez

Doctor Boudín

Donato Luben

P. Kropotkin

Elíseo Reclus

**Gerente,**

**Federico Urales**

Administración:

1. CRISTÓBAL BORDIU, 1

Madrid.

# Resurrección

DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, 4 pesetas.

Obra de carácter puramente socialista.  En venta: Casa editorial Maucci, Barcelona.

## Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.  
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, á 2 ptas. uno.  
LA SOCIEDAD FUTURA, por Soledad Gustavo, 20 céntimos.  
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo, 20 cts.  
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.  
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.  
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 30 céntimos.  
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.  
SOCIOLOGÍA ANARQUISTA, por J. Montseny, 75 céntimos.  
EL SOCIALISMO Y EL CONGRESO DE LONDRES, por A. Hamon, 1 peseta.  
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellizer, 75 céntimos.  
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 50 céntimos.  
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.  
LA ANARQUIA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.  
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.  
EL AMOR LIBRE, VI capítulo del libro, por ídem, 35 céntimos.  
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.  
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Illenatnom, 20 céntimos.  
LA ANARQUIA SE IMPONE, 20 céntimos.  
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.  
Á LOS JÓVENES, por P. Kropotkin, 10 céntimos.  
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Elíseo Reclus, 1 peseta.  
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.  
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por A. Lorenzo, 20 céntimos.  
DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakounine, 75 céntimos.  
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.  
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.  
APROPÓSITO DE UN REGICIDIO, por Pedro Esteve, 30 céntimos.  
NI DIOS NI PATRIA, por Benjamín Mota, 20 céntimos.  
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.  
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.  
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.  
LA ESCLAVITUD ANTIGUA Y LA MODERNA, por Arana, 35 céntimos.  
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.  
LA ANARQUIA ANTE LOS TRIBUNALES, por Pedro Gori, 35 céntimos.  
LA MEDICINA Y EL PROLETARIADO, por Arana, 30 céntimos.  
¿DÓNDE ESTÁ DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.  
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.  
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.  
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.  
EL JARDÍN DE LOS SUPPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.  
SEBASTIÁN ROCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.  
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.  
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.  
EL DOLOR UNIVERSAL.  Biblioteca Nacional de España

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 78.

ADMINISTRACION:  
CRISTÓBAL BORDÍU, 1.—MADRID

15 Septiembre de 1901

## SUMARIO

- SOCIOLOGÍA:** *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.
- CIENCIA Y ARTE:** *La herencia intelectual*, por Ch. Ribot.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Revista artístico-sociológica*, por J. Pérez Jorba.—*La luz*, por Maurice Domay y Lucien Descaves.
- SECCIÓN GENERAL:** *Documento histórico*, por Anselmo Lorenzo.—*Los frailes y las monjas en Portugal*, por Nicolás Díaz Pérez.

## SOCIOLOGÍA

### LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO VI)

Emancipada de la teología la filosofía, con la reforma primero y con el renacimiento después, el pensamiento, libre del dogma y de la fe, dióse á investigar todo lo humano y lo divino, y aun la escolástica, comúnmente tenida por ortodoxa, tuvo necesidad de abrigo en su seno á pensadores que no se compaginaban bien con el clasicismo de aquella orientación filosófica. Así, pues, en la escolástica, después del golpe recibido por el libre examen, se dibujaron dos tendencias: una, la de los intransigentes que invocaban y difundían los textos de Santo Tomás, y otra, la de los independientes, que no sometían su criterio á ningún autor consagrado, aunque cuidábanse muy bien de poner por encima de toda discusión y como una pantalla para disimular sus herejías, las obras del doctor angélico.

Claro está que teniendo en cuenta nuestro criterio respecto de la escolástica y habiendo de seguir una corriente filosófica para continuar la evolución ó para dar una idea de la obra intelectual española, entre los clásicos y los independientes, hemos de preferir á éstos.

Es preciso saber y no olvidar, que la reforma concretada exclusivamente á la cuestión teológica, si bien abrió el campo á toda clase de protestas y de atrevimientos filosóficos, porque rota la disciplina no pudo detenerse el empuje del humano pensar, no fué la promotora del renacimiento de la filosofía, sino que la causa de este renacimiento fueron aquellas inteligencias no teológicas que siguieron hasta sus últimas consecuencias el despertar del pensamiento en lo humano ó moral primero y en lo político después y que desde la corte de Federico II, por medio de la guerra, ó por medio del libro, invadieron toda la Europa civilizada.

De esta suerte, pues, vamos á estudiar á los filósofos que, saliendo del letargo en que los tenía sometidos la escolástica, sin atreverse á romper del todo con el dogma y la fe, consagraron su talento á la exposición de las teorías que hubieron de inferir graves

heridas al propio *organismo filosófico* que les dió el ser y les dió vida, aunque en dosis muy pequeña, y á otros cuerpos de doctrina constituidos por aquellas inteligencias que, habiendo salido de la escolástica, recibieron la luz de las Universidades extranjeras, y singularmente de la de Lovaina, foco principal del renacimiento filosófico en aquel entonces.

\* \* \*

Luis Vives nació en Valencia el año 1492, allí cursó los primeros estudios y después pasó á Francia para completarlos.

Es muy difícil determinar de quién fué discípulo Luis Vives, aunque por la incertidumbre de su espíritu y su amor por la Naturaleza, puede decirse que continúa la corriente de Sabunde y que se distingue de Lull y de los místicos que hemos estudiado, en el amor que le inspira la tierra y la materia.

Realmente podíamos sacar de entre los místicos á Ramón Sabunde y presentarlo como base de una filosofía positivista española á la manera de Bacon, que tomó no poco de Sabunde para la formación de su doctrina; pero entonces nos hubiéramos encontrado con una nueva división en la filosofía española, división que sólo hubiera tenido continuadores hasta Vives y aun forzando bastante los términos, pues Vives es, ante todo, una inteligencia ecléctica. Verdad que ahora también hemos tenido necesidad de forzarlos para poder sujetar á Sabunde en la orientación mística; pero hay un dato que atenúa y justifica la calificación que hemos dado al pensador catalán, y es el naturalismo pasional de Lull su maestro, y el naturalismo místico de doña Oliva Sabuco y de D. Juan Huarte sus discípulos. Por manera que el misticismo se une con Sabunde en sus representantes más positivistas y en el amor á las pasiones del fundador de la escuela, Ramón Lull. He aquí por qué hemos creído interpretar más fielmente el pensamiento de Sabunde incluyéndole entre los místicos, aunque fuese místico á su manera, que presentándolo como fundador de una nueva escuela que no hubiese tenido continuadores.

En Inglaterra hubiéramos colocado á Sabunde en el sitio que ocupa Bacon y en Francia le hubiéramos hecho sentar en la silla de Helvecio, que es, en nuestro sentir, uno de los pensadores más grandes que han existido; porque es el que amó y ensalzó más á la Naturaleza, la tierra, la materia. Su «Haz lo que te produzca placer; huye de lo que te produzca dolor», es lo más sencillo y vital que se ha dicho en letras de molde.

Luis Vives no era tan naturalista como Sabunde, pero tampoco era tan místico. Su alma es muy compleja, y por ser muy compleja, es indeterminada, indecisa, á veces casi incalificable. No obstante, lo hemos elegido como punto de partida de una nueva manifestación en la filosofía española, aun reconociendo que para ello le falta unidad de pensamiento y hasta originalidad, porque su doctrina da á la filosofía un carácter pedagógico y moral que antes no tuvo.

Vives se pasea por el mundo enseñando sabios y educando reyes.

A España sólo llega el eco de su fama, y los adeptos que aquí hace se enteran de segunda mano si no van á Francia á oír al maestro. Hay en España la intuición de la idea de Vives, pero no la idea.

La escolástica no le perdona su *In pseudo dialéctica*, y la escolástica le ha declarado la guerra. Por eso Vives es en España, su país natal, un extranjero; apenas se le conoce hoy día, porque cuando se le pudo leer, la filosofía había dejado muy atrás á la del amigo de Erasmo. Vives, pues, es un proscrito, porque en su patria la ciencia es una blasfemia y la filosofía una herejía. Pero Vives, tan amante de la razón, no rompe con el dogma en perjuicio de su gran talento enciclopédico. Reniega de la fantasía; pero á renglón seguido

dice que el conocimiento de Dios nos es impuesto por la Naturaleza. Afirma que todo tiene una base racional, y que hasta para conocer á Dios es necesaria la razón, aunque nosotros seamos un débil cuerpo y Dios sea una luz vivísima. El hombre se diferencia de las cosas en que éstas tienen un fin que realizar y que desconocen, y el hombre conoce su fin.

El arte que Vives cultivó con más provecho, aunque todos lo entendía, fué el arte de educar. A la educación dedicó su mejor obra, y aun aquellas que no tenían un objeto educativo, encerraban un fondo moral y pedagógico.

Vives ni fué escolástico ni fué reformista en toda la extensión de la palabra. Aunque siempre fué un gran talento, no determinó ninguna nueva fase en la evolución filosófica. De Lull tenía la parte que á la razón daba en el conocimiento de Dios; de los escolásticos mucho del intelectualismo, en exceso metafísico, que mató á la doctrina, y de los reformistas el afán por conocer y por no concretar sus ideas. A semejanza de Erasmo, ni fué revolucionario ni fué reaccionario.

Dice en *Prima philosophia*:

«Entramos al conocimiento de las cosas por las puertas de los sentidos y no tenemos otras mientras estamos encerrados en este cuerpo á la manera que los que están en una habitación donde sólo entra la luz por una ventana, no ven más que lo que aquella ventana les permite ver.»

Expone en *Da anima et vita*:

«El primer conocimiento y el más sencillo es el de los sentidos; de aquí nacen todos los demás.»

Escribe en *Ideas innatas*:

«A la manera que la tierra posee una virtud natural para producir todo género de hierba, así nuestra alma posee la semilla de todas las artes y de todas las ciencias. Son como una anticipación y una advertencia impresas y grabadas en nuestra alma por la Naturaleza. Disposición para formar ideas, pero no ideas. El gran maestro es la Naturaleza bien observada y estudiada.»

Como se ve, no tanto por la aplicación de la frase cuanto por la intención en que está escrita, se puede comprender á Vives entre los empíricos. Para Vives, los sentidos son la primera materia de todo conocimiento. Aristotelismo puro. Es Aristóteles que imprime su pensamiento á través de la humanidad y del tiempo, y es, además, la sencilla y simple lógica que triunfa siempre.

Porque hay que advertir que así como los teólogos reformistas, y principalmente Lutero y Melanchthon eran enemigos del pensamiento aristotélico, el bando radical de los escolásticos tomaron su radicalismo é independencia de las teorías de Aristóteles, á quien estudiaron con detenimiento y lucidez. Y este fenómeno intelectual es por cierto bien sencillo; se reduce casi á una cuestión mecánica de la intelectualidad humana. Toda teología, así sea la más reformada, necesita del dogma y de la fe para poder subsistir; y necesitando del dogma y de la fe, ha de mirar con malos ojos aquellas ideas y aquellos pensadores que quieren prescindir de la revelación y atenerse únicamente al experimento en cuestiones científicas y á la Naturaleza en psicología y en filosofía, en cuanto tratan del hombre, de sus atributos y de su misión. Aristóteles ha de ser y es el enemigo de toda religión positiva, y no es de extrañar que los que piensan vivir de las creencias ajenas, los sacerdotes de todas las religiones, le declaren la guerra ó bien intenten adular sus doctrinas, presentándolas como una nueva fase de la teología, no como la parte contraria. Y repárese cómo la filosofía verdadera no hace más que repetir á Aristóteles y cómo la teología se concreta á reproducir las teorías de Platón. Mirando la tierra no

se concibe más que materialismo, positivismo, naturalismo y los filósofos que cuidan del cuerpo humano ven á la materia como la vió Aristóteles. Mirando cielo no se concibe más que espiritualismo, y los teólogos que se han preocupado del espíritu, ven á Dios como lo vió Platón.

Quizá lo que hemos reproducido de Vives no se había escrito antes de aquel gran pensador griego, pero es indudable que otros lo habían pensado, porque lo natural se le ocurre á todo el mundo. Si el hombre no fuese sensible, ¿cómo podría apreciar los fenómenos de la materia que hieren sus sentidos? Yo conozco porque siento; sin sensibilidad no hay conocimiento posible. Es una perogrullada como todos los principios verdaderos, positivos. Porque la escolástica desdeñó estas verdades por sencillas, por considerarlas indignas de que fuesen escritas por el hombre hijo de Dios, apenas si dejará huella en la evolución filosófica de la especie humana, aunque la deje en la historia de la filosofía.

Luis Vives, pretendiendo reformar la escolástica, creó una filosofía independiente, porque aquella no permitía ó no podía resistir una reforma. Así que, en lugar de salvar del naufragio á la escolástica, lo que hizo el autor valenciano fué precipitar su decadencia, que atribuyó, como su gran amigo Erasmo, á la ignorancia de los frailes y demás religiosos que habían invadido las Universidades.

A pesar de todo, Luis Vives combate las principales ideas de Averroes, que continuaban imperando en varias Universidades de Europa y singularmente en las italianas; y combate, por consiguiente, los pensamientos de Aristóteles. Es una de estas contradicciones que á menudo se observan en los eclécticos, indecisos casi todos ante las ideas opuestas que quieren armonizar, y sólo dan pábulo á la incertidumbre con su temperamento irresoluto. Encontraba á Aristóteles obscuro é intrincado y á Platón en exceso idealista. De ahí el que Vives no sea un elemento reformador dentro de la filosofía, y aunque distó mucho de ser escolástico, tampoco puede ser tenido por racionalista en el sentido que hoy se da á esta palabra, pues reconocía la inmortalidad y la espiritualidad del alma, base del deísmo en todas sus manifestaciones.

La filosofía de Vives fué más negativa que afirmativa, más crítica que expositiva, como son la mayoría de los filósofos que abundan más en elemento literario que en elemento ideal, de fondo.

Con respecto á sus ideas fisiológicas, su mérito es mayor, según nuestro entender, pues afirma la conveniencia de estudiar la Naturaleza y de guiarnos por ella, si bien este consejo se compagina mal con su *Filosofía Teológica*, en la cual reconoce la superioridad de las facultades espirituales sobre las materiales; ideas que son un estorbo para las satisfacciones de la materia y el estudio de la Naturaleza y de las pasiones, al que se dedicó nuestro autor con igual constancia que Bacon, pero con menos provecho por faltarle la concepción principal del materialismo que había de servirle de punto de apoyo para sus conclusiones.



Lo que pasó y ha pasado á todos los grandes pensadores que los han desdibujado sus discípulos ó sus adversarios, le pasó también á Vives. A fuerza de discutir sus ideas y de quintaesenciarlas se acaba por desfigurarlas hasta el punto de que ni el propio autor las conoce. Aristóteles es hasta escolástico en ciertos escolásticos. Muchos pensadores no hallan diferencia entre la idea de Lull y la de Santo Tomás. Averroes se puede compagnar perfectamente con Vives al sentir de autores que por filósofos se tienen, y Luis Vives tiene algo de todos los grandes pensadores, aun de la más opuesta tendencia, si hemos de juzgar por lo que de él han dicho filósofos de escuelas distintas. Es una consecuencia

de la incertidumbre del propio autor y del estado de ánimo de sus comentaristas, que desearían para sí la gloria de sentarlo entre los suyos.

\* \* \*

Con estos antecedentes á nadie extrañará que se creyeran discípulos de Vives todos los pensadores que nacieron cuando aquél estaba en su apogeo filosófico, y que, defensores de las ideas más opuestas, se basaran en la de Vives para acreditarlas. Pero la verdad es que muy pocos autores españoles consiguieron continuar la senda del filósofo valenciano.

Uno de los de más mérito y nombradía es Juan Huarte, médico que nació en Navarra hacia el año 1520. Este, así como otros pocos, merece que le citemos y que le tomemos como punto de continuidad.

Huarte es el autor de *Examen de los ingenios*, famoso libro, que ha sido traducido á todos los idiomas europeos.

Es notable y se recomienda la obra porque estudia la influencia cósmica educativa y alimenticia en el desarrollo de los conocimientos humanos. Como se ve, no se trata de un libro meramente especulativo, sino de un estudio serio, de una obra científica, llevada á cabo cuando la ciencia iba aún en pañales, y cuyo género cultivan hoy los antropólogos y los psicólogos á lo Ribot. Huarte estudió casi anatómicamente las diferencias del ingenio y aplicó con arte y precisión los conocimientos que del cuerpo humano tenía el famoso médico que nos ocupa. En filosofía Huarte puede ser considerado discípulo de Hebreo y de Vives, si bien es menos místico que el primero y más naturalista que el segundo como buen médico. En conjunto, es la representación de Sabunde.

Por sus estudios psicológicos y anatómicos, no altera el estado de la filosofía ni le da un nuevo carácter; lo que hace es aplicar la ciencia médica á la psicología y lo hace con gran lucimiento.

FEDERICO URALES.

(Continuará.)

---

## CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

Si queremos, sin embargo, saber lo que es la agricultura, y lo que se puede obtener de una cantidad de terreno determinado, tenemos que acudir en busca de información á tales regiones como el distrito de Saffelare en la Flandes occidental, la isla de Jersey ó los regados prados de Lombardía, de las que se hace mención en el capítulo siguiente, pudiendo recurrir también á los horticultores de este país, de las inmediaciones de París, de Holanda, de las «granjas variables», de América, y así sucesivamente.

Mientras que la ciencia dedica su principal atención á las empresas industriales, un número limitado de amantes de la naturaleza, y una legión de trabajadores de quienes ni aun los nombres conocerá la posteridad, han creado recientemente una agricultura completamente nueva, tan superior al sistema moderno de labranza, como éste lo es, comparado con el antiguo de los tres campos de nuestros antecesores.

La ciencia rara vez guía sus pasos, y algunas veces los extravía, como ocurrió con las teorías de Liebig, extremadamente desarrolladas por sus partidarios, quienes nos indujeron á tratar las plantas como si fueran recipientes de cristal destinados á contener productos químicos, olvidando que la sola ciencia capaz de tratar de la vida y el desarrollo de la materia orgánica es la fisiología y no la química; y aunque pocas veces hayan acu-

dido á la ciencia, procediendo, por lo general, de un modo empírico, así como los ganaderos abrieron nuevos horizontes á la biología, ellos han trazado nuevos derroteros, por medio de la investigación experimental, á la fisiología de las plantas; han creado una agricultura totalmente nueva. Se sonríen cuando nos oyen ponderar el sistema alternado que nos permite recoger una cosecha anual, ó cuatro cada tres años, porque su ambición es coger seis y nueve del mismo terreno en los doce meses del año. No nos comprenden cuando hablamos de terrenos malos y buenos, porque están acostumbrados á producirse los ellos mismos, y en tanta cantidad, que se ven anualmente obligados á vender una parte, pues de lo contrario, se elevaría el nivel de sus huertas media pulgada al año; aspiran á recolectar, no cinco ó seis toneladas de hierba por acre, como hacemos nosotros, sino de 50 á 100 toneladas de diferentes frutos en el mismo espacio, no por valor de 125 francos de heno, sino de 2.500 francos de hortalizas de las clases más corrientes: coles y zanahorias. Por esa vía marcha hoy la agricultura.

Sabemos que el más caro de toda la variedad de nuestros principales alimentos es la carne, y los que no son vegetarianos, ya sea por persuasión ó por necesidad, consumen, por término medio, 225 libras de carne—esto es, hablando en términos generales, un poco menos de la tercera parte de una res—al año; y hemos visto que, lo mismo en este país que en Bélgica, se necesitan de dos á tres acres por cada cabeza de ganado vacuno; de tal modo, que una comunidad de un millón de habitantes tendría necesidad de reservar alrededor de tres millones de acres para el suministro de carne; pero si vamos á la granja de M. Goppert—uno de los promovedores del *ensilage* en Francia—veremos producir en un campo bien desecado y abonado un término medio que no bajará de 120.000 libras de hierba de semilla por acre, lo que representa 30.000 libras de heno seco; esto es, el alimento de una res vacuna por acre; de este modo, el producto resulta triplicado. Y respecto á la remolacha, que también se usa para la alimentación del ganado, Mister Champion ha conseguido, en Whithy, utilizando las aguas de las alcantarillas, coger 100.000 libras de éstas en cada acre, y en ocasiones, hasta 150.000 y 200.000 libras, haciendo así producir á su finca el alimento de dos ó tres reses por acre; y estos no son casos aislados: M. Gros cosechaba en Autum 600.000 libras de remolacha y zanahoria, lo cual le permitía tener cuatro reses por acre. En cuanto á cosechas de 100.000 libras, ocurren con frecuencia en las competencias que se entablan entre los agricultores franceses, dependiendo el éxito casi enteramente del buen cultivo y del abono apropiado.

Se ve, pues, que mientras que por el sistema ordinario se necesitarían de 2 á 3 millones de acres para mantener á un millón de reses, se podría mantener doble número en la mitad de ese área; y si la densidad de la población lo exigiese, el número de reses podría duplicarse otra vez, sin que fuera necesario aumentar el terreno; esto es, la mitad y aun hasta la tercera parte del que ahora se emplea.

Los anteriores ejemplos son bastante significativos, y, sin embargo, los que ofrece la horticultura son más notables todavía; me refiero al sistema empleado en las inmediaciones de las grandes ciudades, y más especialmente á la *culture maraichière* de los alrededores de París. En ese cultivo se trata á cada planta según su tiempo; una vez germinada la semilla, desarrolla aquélla sus cuatro primeras hojas en condiciones especialmente favorables de terreno y de temperatura; entonces se escogen los mejores ejemplares y se trasplantan á un lecho de buena tierra vegetal, bajo cristales ó al aire libre, donde desarrollan libremente sus raicillas, y hallándose reunidas en un espacio determinado, son objeto de un cuidado especial; y sólo después de este tratamiento preliminar es cuando se trasplantan al aire libre, al lugar en que deben permanecer hasta su madurez. En se-

mejante sistema de cultivo, la condición primitiva del suelo es de escasa importancia, porque la marga se hace de los restos de los antiguos lechos, habiendo sido examinada con esmero la semilla, y recibiendo después de sembrada un cuidado particular; no temiendo que la falta de agua sea un obstáculo á la variedad de las cosechas, disponiendo de una máquina de vapor que la suministre en abundancia, y teniendo una almáciga de reserva siempre dispuesta para reponer aquellos ejemplares que parezcan raquíticos, nada hay que temer; pues de este modo, puede decirse que cada planta es objeto de un trato casi individual.

Hay, sin embargo, con relación á la horticultura, un error que sería bueno desvanecer: se supone, generalmente, que lo que principalmente atrae la horticultura á los grandes centros de población es el mercado; así ha debido ser, y puede seguir siendo todavía, pero sólo hasta cierto punto. Muchos de los *maráichers* de París, aun de aquellos que tienen sus huertas dentro de los muros de la ciudad, y cuyas principales cosechas se componen de frutas de la estación, lo exportan todo á Inglaterra. Lo que principalmente lleva el horticultor á las grandes ciudades, es el estiércol de las cuadras, el cual se necesita, no tanto para aumentar la riqueza del suelo—una décima parte del que gasta un horticultor francés bastaría para tal objeto—, como para conservar éste á una cierta temperatura.

Las frutas y verduras tempranas se pagan mejor, y para obtenerlas hay que calentar, no sólo el aire, sino el terreno, y esto se consigue echándole á éste grandes cantidades de estiércol convenientemente mezclado, pues su fermentación da el resultado apetecido. Pero es evidente que con los actuales progresos industriales la calefacción del suelo se podría realizar más económica y fácilmente por medio de tubos de agua caliente, por cuya razón los horticultores empiezan cada vez más á hacer uso de tubos portátiles ó *thermosiphons*, previamente colocados en sus armaduras; esta nueva mejora se va haciendo de uso general, y, según la autorizada opinión del *Dictionnaire d'Agriculture* de Barral, con excelentes resultados.

En cuanto á los diferentes grados de fertilidad del terreno, que es siempre el escollo contra el cual se estrellan aquellos que escriben sobre agricultura, puede decirse que en horticultura siempre se *hace* el suelo, cualquiera que haya sido su primitivo estado. En su consecuencia—nos dice el profesor Dyhowski en el artículo «*Maráichers*» en el Diccionario de Barral antes mencionado—es ahora muy usual en los contratos de arrendamiento de los horticultores de París, el consignar que el colono tiene derecho á llevarse el terreno hasta cierta profundidad, al dejar la finca. Como él es quien lo ha hecho, él se lo lleva al marcharse á otra parte, porteándolo al mismo tiempo que sus armaduras, sus tubos de agua caliente y demás utensilios (1).

Como no me es posible relatar aquí todas las maravillas realizadas en horticultura, tengo que referir al lector las obras, muy interesantes, en verdad, que se ocupan de esta materia, y concretarme á presentar sólo algunos casos. Tomemos, por ejemplo, el huerto—la *marais*—de M. Ponce, el autor de la bien conocida obra sobre *Culture maráichère*. Su finca sólo tiene dos acres y siete décimas de extensión; los gastos del establecimiento,

(1) «El suelo portátil» no es la última palabra en agricultura: lo más reciente es el riego con líquidos especiales que contengan microbios especiales también; es un hecho probado que el abono químico sin el orgánico rara vez resulta suficiente; por otra parte, se ha descubierto últimamente que ciertos microbios son necesarios al suelo para el crecimiento de las plantas. De ahí la idea de sembrar los microbios útiles que se desarrollan rápidamente en el terreno y lo fertilizan; pronto seguramente oiremos decir algo más de este nuevo método que se está experimentando en grande escala en Alemania, con objeto de transformar terrenos malos en praderas magníficas. Véase «Recent Science» en *Nineteenth Century*, Octubre, 1897.

incluyendo máquina de vapor para el riego, llegaron á 28.400 francos; ocho personas, incluso M. Ponce, la cultivan y llevan la hortaliza al mercado, á cuyo efecto tienen una caballería que, en su viaje de vuelta de París, trae abonos, en lo que se emplea 2.500 francos anuales, é igual cantidad en la renta y la contribución. Pero, ¿cómo enumerar todo lo que se coge anualmente en ese espacio de menos de tres acres, sin llenar dos ó más páginas con los más maravillosos guarismos? Hay que leerlo en la obra misma, pero estos son los datos culminantes: más de 20.000 libras de zanahorias; más de 20.000 libras de cebollas, rábanos y otras hortalizas vendidas al peso; 6.000 coles; 3.000 coliflores; 5.000 canastas de tomates; 5.000 docenas de fruta de primera, y 154.000 pies de ensalada; en resumen, un total de 250.000 libras de frutas, verduras y hortalizas.

El suelo está hasta tal punto formado de camas estimulantes, que todos los años hay que vender 250 metros cúbicos de marga. Ejemplos como éste podrían citarse por docenas, y la mejor prueba de que no ha habido exageración alguna respecto al resultado, es lo elevado del arrendamiento pagado por los hortelanos, que en las afueras de Londres llega de 250 á 375 francos por acre también. No baja de 2.125 acres lo que se cultiva á las puertas de París de este modo por 5.000 personas, y así, no sólo los 2 millones de parisienses se ven provistos de frutas y hortalizas de todas clases, sino que aún queda un sobrante que se remite á Londres.

Los anteriores resultados se obtienen con ayuda de armaduras de calefacción, millares de campanas de cristal y otros utensilios; pero, aun sin recurrir á medios tan costosos, con sólo treinta y seis metros de aparato de calefacción para las almácigas, se crían vegetales *al aire libre* por valor de 5.000 francos por acre (1). No hay para qué decir que en tales casos los altos precios á que se ha vendido la cosecha no son debidos á su producción anticipada, sino simplemente á su abundancia.

Permitidme, además, añadir que todo este admirable cultivo data sólo de ayer; hace cincuenta años el *culture maraichère* era completamente primitivo; pero ahora el hortelano de París, no sólo desafía el suelo—recogería las mismas cosechas hasta sobre el asfalto de las calles—, sino al clima también. Con sus muros elevados, para reflejar la luz y proteger á los árboles fijados sobre ellos en los vientos del Norte, y las cubiertas y bastidores de cristal, dedicados también al mismo objeto, sus aparatos de calefacción y sus *pépinières*, ha hecho una verdadera huerta, una hermosa huerta meridional de los alrededores de París; él le ha dado á la capital los «dos grados menos de latitud» porque suspiraba un hombre de ciencia francés; él suministra á la ciudad montañas de uvas y frutas en cualquiera estación, y en los albores de la primavera la inunda y perfuma con sus flores. Pero no son los artículos de lujo los únicos en que fija su atención: el cultivo de hortalizas corrientes en grande escala se va extendiendo todos los años, y los resultados son tan buenos, que ahora hay *maraichères* prácticos que se atreven á sostener que, si todo el alimento animal y vegetal necesario para los 3.500.000 habitantes de los departamentos del Sena y Oise tuviera que producirse sólo en su territorio (3.250 millas cuadradas), se podría obtener sin acudir á otros métodos de cultivo distintos de los que se usan actualmente, los cuales han sido ya experimentados en grande escala con los mejores resultados.

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

(1) *Manuel pratique de culture maraichère*, por Caurtois Gérard, 4.<sup>a</sup> ed., 1863.

# CIENCIA Y ARTE

## LA HERENCIA INTELECTUAL

### I

El hombre es capaz de elevarse desde la sensación concreta y confusa hasta la simplicidad de la noción abstracta; puede deducir de una masa innumerable de hechos, una idea general, única, determinada por un signo; puede, por medio del razonamiento, llegar á las más complicadas ó más lejanas consecuencias, y adivinar el porvenir en vista del pasado. Porque puede comparar, juzgar, abstraer, generalizar, inducir y deducir, es por lo que las ciencias, las religiones, las artes, la moral, la vida social y política han nacido, y desde tal momento han continuado su incesante evolución. Estas facultades son tan maravillosas, que por la acumulación de sus resultados han hecho del hombre algo como un ser aparte en la naturaleza.

Investigar si esas facultades son transmisibles por la herencia, será, pues, investigar si la vida psicológica, en su forma más elevada, está sometida á tal ley biológica. Colocándose en un punto de vista estrecho y superficial, se puede sostener que hasta aquí sólo hemos establecido, cuando más, la herencia de las formas inferiores de la inteligencia; que nos hemos limitado á los principios de la cuestión; que no tenemos ningún derecho á deducir lo más de lo menos, lo superior de lo inferior. Pero vamos á atacar aquí resueltamente la cuestión.

El problema, tal como se nos ofrece, es, pues, el siguiente: los modos superiores de la inteligencia, ¿son transmisibles como los modos inferiores? Nuestras facultades de abstraer, de juzgar, de razonar, de inventar, ¿están regidas por la herencia como las perceptivas? Ó, en términos más sencillos y para hablar el lenguaje de todo el mundo, el buen sentido, el genio, el talento, la sutileza, las aptitudes artísticas, científicas, prácticas, ¿son hereditarios?

Para responder á esta cuestión, vamos á examinarla desde el doble punto de vista de la teoría y de los hechos, de la lógica y de la experiencia. El razonamiento va á enseñarnos desde luego que la herencia intelectual es *posible*; la experiencia nos mostrará que es *real*.

Si se admite la herencia de los modos inferiores de la inteligencia—y los hechos la imponen—es muy difícil que la lógica por sí sola no conduzca á extender la herencia á la inteligencia entera. La psicología ha distinguido siempre diversos modos en la facultad de conocer, y hasta el estudio analítico de la inteligencia se hace imposible sin esta condición; pero esas diferencias no son esenciales, sino de aspecto.

Por otra parte, tomando la cuestión desde tan alto como se quiera, toda investigación acerca de la naturaleza última de la inteligencia debe conducir necesariamente á una de estas dos conclusiones, que es un *efecto* cuya causa es el organismo; que es una *causa* cuyo efecto es todo lo que existe, todo lo que es cognoscible. La primera hipótesis se

llama materialismo; la segunda idealismo. Vamos á ver, apoyándonos sólo en el razonamiento, que entre estas dos hipótesis y la herencia de los modos superiores de la inteligencia no hay ninguna contradicción, ninguna incompatibilidad lógica.

En lo que concierne á la hipótesis materialista, no hay ninguna dificultad. En seguida se ve; porque si se admite que el pensamiento no es más que una propiedad de la materia viva, como la herencia es una de las leyes de la vida, será por lo mismo una de las leyes del pensamiento. En términos más precisos: la inteligencia es una función cuyo órgano es el cerebro; el cerebro es transmisible como cualquier otro órgano: como el estómago, los pulmones y el corazón; la función es transmisible con el órgano; luego la inteligencia es transmisible con el cerebro. La herencia fisiológica arrastra como consecuencia forzosa la herencia psicológica en todas sus formas.

Por el contrario, la hipótesis idealista parece en contradicción completa con la herencia intelectual; pero la oposición no es tan radical que aparezca á primera vista. El idealismo, sin hacer aquí caso de las variedades de doctrina, es el sistema metafísico que cree que el pensamiento es la única realidad. Cualquiera que sea el valor de esta hipótesis, si el idealismo admite, como lo hace, que en el orden de los fenómenos físicos, químicos, fisiológicos y psicológicos, hay coexistencias y sucesiones que se pueden referir á fórmulas fijas, no hay ninguna razón plausible para no admitir la herencia en el número de esas leyes empíricas, negando que sea otra cosa que una ley de apariencia. Este último punto nos importa poco. Por lo tanto, la herencia intelectual es conciliable, aun con idealismo más trascendente.

Nos falta demostrar con ejemplos que esta herencia es, no sólo posible, sino real. Aquí se presenta una dificultad. Era relativamente fácil hacer notar la herencia en las formas claras estudiadas hasta ahora (instintos, percepciones, sentimientos); será más fácil todavía, según veremos en las formas morbosas; pero ahora se trata de un modo de actividad extremadamente complejo, aun en las formas más sencillas. La actividad intelectual, en efecto, supone imágenes y conceptos formando asociaciones de las más diversas, unificadas en juicios ó en razonamientos que constituyen series de longitud variable. Estas operaciones diferentes en cantidad y en cualidad, combinadas y coordinadas de mil maneras, están sometidas á acciones exteriores que provocan reacciones, es decir, estados nuevos.

Descomponer la actividad intelectual en operaciones elementales (imaginación, juicio, etc.), como lo hace la psicología analítica, é investigar si cada una de estas formas es transmisible por la herencia, es poner la cuestión en una forma artificial, muchas veces inaceptable.

La naturaleza de las cosas nos impone otro método. Todo modo de actividad intelectual, cualquiera que sea, conduce á un efecto, á un resultado, trivial ó importante, vulgar ó insólito, teórico ó práctico; se traduce por una creación artística ó industrial, una obra científica ó un simple acto de la vida ordinaria. Estos resultados, que son la forma concreta y, por decirlo así, palpable, de la actividad mental, son los únicos que pueden servir de punto de apoyo á nuestra investigación y permitirnos descubrir si se transmite de una generación á otra un modo de la inteligencia. Sin duda que este método sintético es un procedimiento algo grosero, pero no hay otro posible. Por otra parte, ¿cómo suponer que este compuesto tan complejo se transmita en una pieza? La fragilidad está en razón directa de la complejidad. Sin hablar del atavismo, hay, en el acto de la generación, dos factores en pugna; lo extraño es que una forma mental particular se transmita algunas veces en condiciones tan desfavorables.

Estamos, pues, obligados á poner la cuestión en esta forma muy general: entre la inteligencia de los padres y la de los hijos, ¿hay alguna relación de herencia?

«Tomemos, dice Candolle, el hijo de un gran capitán ó de un matemático célebre; suponiendo que se parezca á su padre, y no á su madre, existiría sólo la probabilidad en el instante del nacimiento, para el hijo del gran capitán, de ser un hombre dispuesto á mandar; para el hijo del gran matemático, de ser un hombre dispuesto á calcular: lo cual puede hacer del primero un picador (domador de caballos) ó un mayordomo, y del segundo, un tenedor de libros muy exacto (1).»

Esto es, en definitiva, todo lo que puede esperarse de la herencia en la mayoría de los casos. El mismo autor no «encuentra indicio de una herencia especial de facultades más que en las matemáticas y en la música. En lo que concierne á las matemáticas, existen hechos, ya en la historia de los sabios, ya en la observación ordinaria, según los cuales, sería hereditaria una cierta facultad de calcular, del mismo modo, poco más ó menos, que la de comprender intuitivamente la música. Se puede tener esta facilidad sin llegar á hacer gran cosa en las matemáticas, como se puede tener buen oído sin ser compositor; pero para ser matemático es necesario poseer el punto de partida de una aptitud natural para el cálculo, porque sin ella se pierde el gusto para los trabajos demasiado lentos y fatigosos (2).»

## II

Antes de entrar en detalles, llamaré la atención sobre un hecho tan trivial que se olvida, aunque sea la prueba más sólida de la herencia intelectual. La actividad de la inteligencia, al menos en el hombre actual, supone como condiciones necesarias ciertas nociones de espacio, de tiempo, de causa. Poco importa cual sea su número y los nombres con que se las designe—categorías, formas del pensamiento, ideas innatas, preformaciones del cerebro—. El hecho es que existen y se legan invariablemente. Son caracteres *específicos*, es decir, que es tan contradictorio concebir al hombre sin ellos, como á un vertebrado sin eje cerebro espinal. El que carece de ello es un idiota, un ser aparte, una apariencia de hombre. De aquí se sigue que las condiciones fundamentales de la inteligencia son hereditarias y que la duda no puede referirse más que á los caracteres individuales.

¿Se transmiten estos? Acabamos de decir las restricciones con que se puede plantear esta cuestión. Si se mira alrededor de sí mismo, si se interroga á la propia experiencia, se verá que ciertas formas de inteligencia—el espíritu cáustico ó rabelesiano, la reflexión ó el espíritu práctico—son hereditarios. Pero no podemos contentarnos con decir al lector: mira. Tenemos que poner ejemplos; y como es necesario que sean conocidos de todos, no podemos sacarlos más que de la historia. De aquí nace una ilusión. Muchos olvidan que los hechos que se citan son bien poca cosa al lado de los que no se pueden citar, pero que cada cual puede encontrar.

Examinemos primero la actividad intelectual en una de sus formas más claras: la *imaginación*. La historia del arte nos enseña que la imaginación creadora es transmisible por herencia. Es frecuente encontrar familias de poetas, de músicos y de pintores. Las familias de poetas nos han parecido las más raras, y la razón es esta: no se puede ser músico

(1) Candolle, *Histoire de la science et des savants*, etc., p. 329. «La herencia, dice en otro lugar (p. 281), consiste en una transmisión general de las facultades intelectuales. Con una combinación feliz de memoria, de juicio, de voluntad, un hombre puede triunfar en las letras, en las ciencias, en el derecho y, en general, en todo lo que pide capacidad intelectual.»

(2) Candolle, *op cit.*, p. 282.

sin una sensibilidad exquisita del oído, ni pintor sin un don innato de los colores y de las formas, que supone cierta conformación del órgano visual. Estas son condiciones fisiológicas que la poesía no reclama en el mismo grado. Se puede, pues, decir que el talento musical ó plástico dependen, más que el poético, de la conformación de los órganos. La herencia psicológica está en aquéllos más íntimamente ligada á la fisiológica, lo cual hace su transmisión más segura.

Comenzaré por los músicos: «El sentimiento de la música, dice Candolle, es decir, una aptitud para medir el tiempo y distinguir las notas, es una disposición de nacimiento en muchos niños, y una disposición cuyo origen se encuentra claramente, en multitud de casos, en el padre, la madre ó los ascendientes. Cuando los dos padres son músicos, casi siempre los niños nacen con buen oído. Cuando uno solo de los dos es músico ó no es ordinaria esta cualidad en la otra familia, se ven muchas veces hermanos y hermanas que difieren en este concepto. La aptitud musical, en este caso, no está fraccionada ó atenuada en cada niño, sino que unos tienen buen oído y otros no. Ahora bien, si la impresión producida por los sonidos es física, la relación entre los sonidos y la medida del tiempo es más bien del dominio intelectual (1).

El desarrollo del arte musical es bastante reciente. Apenas data de tres siglos. Vamos á ver, sin embargo, que los casos de herencia no son raros en él: la familia de Bach, sola, va á ofrecernos una demostración de las más curiosas. Entre los grandes músicos que parecen formar excepción á la ley de herencia, no encuentro más que á Bellini, Donizetti, Rossini y Halévy (2).

ALLEGRI, el célebre compositor del *Miserere* de la Capilla Sixtina, pertenecía á la misma familia que el pintor Corregio Allegri.

AMATI, Andrés, el más ilustre de una familia de violinistas de Cremona.

Su hermano, Nicolás, sus dos hijos, Antonio y Jerónimo, su nieto.

BACH, Sebastián, el más grande de la familia.

La familia de los Bach es quizás el caso más bello de herencia mental que se puede citar. Comienza en 1550, atraviesa ocho generaciones; el último miembro conocido es Regina Susana, que vivía en 1800 en la indigencia. «Ha salido de esta familia, durante cerca de doscientos años, una multitud de artistas de primer orden. No hay otro ejemplo de una reunión de facultades tan notables en una misma familia. Su cabeza fué Veit Bach, panadero de Presburgo, que descansaba de su trabajo con el canto y la música. Tenía dos hijos, que comenzaron la serie no interrumpida de músicos del mismo nombre que inundaron la Turingia, la Sajonia y la Franconia durante cerca de dos siglos. Todos fueron organistas, chantres de parroquia ó lo que se llama en Alemania músicos de la ciudad (*musiciens de ville*). Cuando, ya demasiado numerosos para vivir reunidos, los miembros de esta familia se hubieron dispersado, convinieron en reunirse una vez al año

(1) Candolle, *op. cit.*, p. 323.

(2) Los nombres que siguen están escogidos, en su mayoría, de los *Hereditary Genius*, de Galton, p. 237 y siguientes. En esta lista y en todas las de igual naturaleza, no tenemos la intención, como se comprenderá, de dar una enumeración completa de todos los casos de herencia. Sólo tratamos de poner hechos á la vista del lector: no citaremos más que nombres muy conocidos y hechos concluyentes, pensando que en éste, como en todo estudio experimental, lo que importa es la calidad de los experimentos, no su cantidad. Notaremos también que, aunque se deba conceder una gran parte á la educación y á la tradición, en todo talento hereditario en una familia, se haría mal en explicar por estos medios exteriores lo que atribuimos á la herencia. La imaginación creadora, entre todas las facultades, es, probablemente, la que menos se puede producir de un modo artificial. Al tratar de los nombres de Mendelssohn, Meyerbeer, etc., hemos considerado la herencia intelectual en su forma más general.

en un día fijo para conservar entre sí una especie de lazo patriarcal. Esta costumbre se perpetuó hasta cerca de la mitad del siglo XVIII, y muchas veces se vió hasta ciento veinte personas entre hombres, mujeres y niños del nombre de Bach, reunidos en el mismo lugar (1). En esta familia se encuentran 29 músicos *eminentes*, y Fétis menciona 57 de ellos en su *Dictionnaire biographique*.

BEETHOVEN, Ludwig.

Su *padre*, Juan, era tenor de la capilla del Elector de Colonia.

Su *abuelo*, Luis, fué primer cantor y después maestro de la misma capilla.

BELLINI, hijo y nieto de músicos poco notables, por lo demás.

BENDA, Francesco (1709-1786), el miembro principal de una familia notable de violinistas.

Sus *tres hermanos*, Juan, José y Jorge.

Sus *dos hijos*, Federico y Carlos, y sus *dos hijas*.

Sus *dos sobrinos*, Ernesto, hijo de José, y Federico, hijo de Jorge.

BONONCINI, su *padre*, Antonio, y su *hijo*, Juan, que fué algún tiempo, en Inglaterra, rival de Haendel.

DUSSEK, Ladislao, conocido como compositor y como ejecutante.

Su *hermano*, Juan, excelente organista.

Su *hermano*, Francisco, buen violinista.

Su *hija*, Olivia, heredó el talento de su padre.

HAYDN y su hermano, excelente organista y compositor de música religiosa.

HILLER, Juan-Adam: composiciones musicales y escritos sobre música.

Su *hijo*, Federico-Adam (1768-1812).

Su *nieto*, Fernando, «actualmente uno de los mejores compositores de Alemania», á juicio de Fétis.

MENDELSSOHN, de familia judía.

Su *abuelo*, Moisés, filósofo: trabajos sobre estética.

Su *padre*, Abraham, banquero en Berlín, buen conocedor de música.

Un *tío*, escritor.

Su *hermana*, mujer distinguida, pianista hábil, asociada á todos los trabajos de su hermano.

MEYERBEER (Santiago Baer).

Sus *dos hermanos*, uno, Guillermo, astrónomo, conocido por su mapa de la luna, otro Miguel, poeta, muerto joven.

MOZART (Juan).

Su *padre*, Juan Jorge, segundo maestro de capilla del príncipe-arzobispo de Salzburgo.

Su *hermana*, cuyos éxitos en la infancia anunciaban un talento que no se realizó.

Su *hijo*, Carlos, cultivó la música como aficionado.

Su *hijo*, Wolfgang, nacido cuatro meses después de la muerte de su padre, mostró

(1) Fétis. *Biographie universelle des musiciens*. En una nota á la traducción alemana de la *Herencia* (1.<sup>a</sup> edición), p. 74, el Dr. Hotzen menciona los hechos siguientes, según la biografía de S. Bach, por Spitta (1873): Veit Bach era oriundo de Turinga, y después de haber vivido en Presburgo, volvió á su país. El último músico de la familia es Juan Cristian, muerto en 1846, siendo simple campesino. Los Bach contrajeron nuevos matrimonios con hijas de antiguos maestros de música, de organistas, de músicos de la ciudad, etc., como lo pedía en aquella época el uso de la corporación. Estas uniones tan frecuentes no pueden haber dejado de influir en la herencia del talento musical, y es uno de los ejemplos más bellos de selección artificial—ó natural—que se encuentran en la especie humana.

desde muy joven felices disposiciones para la música: mérito de compositor y de *virtuoso* PALESTRINA. Sus hijos, Angel, Rodolfo y Sila, parecen haber heredado algún talento, á juzgar por sus composiciones, conservadas entre las de su padre.

CH. RIBOT.

Director de *La Revista Filosófica de París*.

---

## CRÓNICA CIENTÍFICA

---

*La electroterapia y la tuberculosis.—El resonador bipolar Oudin.—La electrofototerapia.—Diversas maneras con que obra la luz.—Producción de la luz fría, de la luz química y de la luz caliente.—La luz eléctrica en terapéutica.—Lámparas de incandescencia de carbón especial.*

En las sesiones del Congreso contra la tuberculosis celebrado recientemente en Londres, creemos que se ha cometido la falta ó la sobra de dar amplitud excesiva á discusiones puramente teóricas en las que los sabios disertantes no han podido ponerse de acuerdo, olvidando algo en cambio el estudio de los resultados ya adquiridos por medio de ciertos procedimientos. Estos resultados no son aún considerables, es verdad, pero constituyen un principio, y principio quieren las cosas. Entre los procedimientos ensayados en estos últimos tiempos para combatir la terrible enfermedad, conviene recordar el uso del resonador bipolar Oudin, construido en los talleres de M. Octave Rochefort y que actualmente emplean muchos electroterapeutas, no solamente para el tratamiento de la tuberculosis, sino también para la curación de las enfermedades de la piel y de las afecciones nerviosas. Los doctores Oudin, de París, y Doumer, de Lille, muy conocidos por sus hermosos trabajos sobre la tuberculosis, lo usan sobre todo para curar esta grave afección.

Para describir este admirable aparato, conviene recordar lo que es el resonador unipolar, descubierto también por M. Oudin.

Dos condensadores, sean de forma cuadrada, sean botellas de Leyden, tienen cada uno su armadura interna unida á un vástago conductor terminado por una bola metálica. Cada uno de estos vástagos tiene un límite que se puede reunir á uno de los polos de un manantial de electricidad á alta tensión. Dicho manantial es aquí uno de los transformadores inventados por M. Octave Rochefort, ya descrito en una de nuestras precedentes Crónicas.

La armadura externa de uno de los dos condensadores se une al origen de un solenoide; la armadura externa del otro condensador es un punto sobre el solenoide. Si se cargan los dos condensadores acercando las bolas lo suficiente para que se produzca una descarga oscilante, se producirán también oscilaciones sincromas á las chispas de la descarga en la parte del solenoide comprendida en el circuito de las armaduras externas, y resultará un efluvo oscilante á la extremidad del solenoide. Este efluvo será máximo con un gasto dado por cierto punto de inserción convenientemente escogido, que varía sobre el solenoide con la capacidad de los condensadores, el número de las espiras del solenoide y de las que se le añade, y que es independiente de la distancia de las bolas y de la potencia de la carga.

El efluvo Oudin, muy característico, que se produce á la extremidad del solenoide, puede alcanzar doce centímetros en los aparatos poderosos.

He aquí ahora, admirablemente resumidos en una Memoria de M. Rochefort, las consideraciones que conducen al resonador doble:

«Examinemos, dice, lo que sucede en la producción de un efuvio de cierto nombre á la extremidad del solenoide. Supongamos que una de las chispas de la descarga oscilante está á punto de producirse, y supongamos en una botella de Leyden un potencial positivo y en el otro un potencial negativo.»

En estas condiciones las armaduras serán positivas sobre un punto y negativas sobre el otro. Estallando la chispa, la corriente producida inducirá una parte del solenoide, y nacerá una corriente de sentido contrario que tendrá su tensión máxima á la extremidad y potencial negativo sobre este punto.

Como consecuencia de la oscilación de la descarga, la chispa siguiente producirá en esta extremidad un efuvio positivo, y así sucesivamente. Los efluvios producidos sobre esta extremidad cambian, pues, de signos con el sentido de las chispas oscilantes de la descarga y tienen el signo de la armadura unida al origen del solenoide.

Puédese entonces poner un segundo solenoide al lado del primero, combinados de manera que haciendo estallar una chispa se produzcan efluvios, los cuales deberán atraerse, mas para eso es preciso que la división de la corriente se haga exactamente.

Esta disposición tiene un grave defecto, según ha hecho notar M. Octavio Rochefort, necesita un equilibrio perfecto de los dos solenoides, y ese equilibrio es muy difícil de obtener en la práctica. Por consiguiente, es necesario cambiar la capacidad de uno de ellos con relación al otro.

Para dar cierta independencia á los dos aparatos, se ha llegado á hacer gemelas las armaduras externas de las botellas de Leyden ó, por mejor decir, á componer el sistema de estallador de cuatro botellas de armaduras externas unidas dos á dos. De este modo se obtienen renovadores mandados por un solo estallador, pero sin ningún punto común con su circuito primario. Esta disposición es completamente satisfactoria, y es la que emplea el Dr. Oudin para el tratamiento de la tuberculosis, juzgando que á gasto primario igual el resonador bipolar tiene diez veces la potencia del resonador ordinario.

\*  
\* \*

Al lado de la electroterapia se desarrolla con buen éxito la electrofototerapia, aplicación de la luz y de la electricidad á la patología.

Las maneras con que la luz puede obrar pueden resumirse así: luz y calor, es decir, todas las modalidades físicas y químicas de la luz; luz fría, desprovista de sus rayos caloríficos y conservando luz y quimismo; luz química ó violeta casi invisible; luz puramente calórica ó roja.

Para producir la luz fría, M. Trouvé ha construido para las orejas un aparato que lleva una lámpara eléctrica de 10 á 12 volts, con interposición auricular de un recipiente de cristal lleno de una solución de alumbre.

Los rayos ultra-violetas que descargan los cuerpos eléctricos dan la luz química preconizada y aplicada por el dinamarqués Fisers con resultados felices contra el lupus.

En lo concerniente á las aplicaciones de la luz caliente ó simplemente calorífica, que da resultados innegables en la curación de la viruela, el eminente francés Dr. Foveau, de Courmelles, probó ya en 1894 que se podían obtener por la obscuridad máscaras de colodión, la curación sin cicatrices de una viruela confluyente que se extiende á toda la cara.

Esta luz caliente puede obtenerse con cristales de color.

\*  
\* \*

En su notable Memoria presentada al Congreso de Electrología y Radiología médica de 1900 sobre la luz eléctrica, el mismo autor cita varios casos de ataxia mejorados ó curados por los baños de luz eléctrica. Este tratamiento ha conquistado en los últimos meses el favor de los pacientes.

\*  
\*  
\*

Existe cierto temor en emplear los rayos X desde que un reciente proceso ha condenado á un práctico, cuya buena fe era evidente, á 5.000 francos de multa. Necesitábase, pues, hallar otra cosa.

Las lámparas de incandescencia dan generalmente pocos rayos químicos. Sin embargo, M. Foveau, de Courmelles, ha hecho notar justamente que si se toman carbones especiales y se aumenta su poder iluminante á expensas de su duración, se obtienen rayos químicos suficientes para obrar curativamente en ciertos casos en que hay temor en el empleo de los rayos X, desde que jueces incompetentes, algo á la ligera, les han declarado inaplicables.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

---

## REVISTAS ARTÍSTICO-SOCIOLÓGICAS <sup>(1)</sup>

DESDE PARÍS

---

El arte es la manifestación suprema de la inteligencia humana. En él se resume la personalidad del individuo, con sus pensamientos y sentimientos, con sus sensaciones y voliciones, reflejando asimismo la naturaleza circunstante.

Ejerce el arte una como hegemonía sobre las demás manifestaciones del espíritu humano, porque reproduce la vida con intensidad y ofrece al mismo tiempo su filosofía. Esta es virtud imponderable. La obra artística envuelve la representación objetiva ó subjetiva del mundo y realizando, por decirlo así, su perfeccionamiento. Se entreve por ello la posibilidad de que nuestra existencia, plástica y moralmente, se haga arte. Hay que perseguir y desear, pues, que sea libre y bella. Existen muchos libertarios que se preocupan exclusivamente del desarrollo completo de la individualidad, como una fuerza que estimamos originaria sobre las demás fuerzas, y son pocos los que se interesan de verdad por las cuestiones relativas al embellecimiento de la vida. Hemos visto, sin embargo, abogar brillantemente por ello á grandes escritores revolucionarios, como los ingleses Morris, Ruskin, etc. La verdad es que, padeciendo hambre y opresión, no es posible pensar tranquilamente en idealidades. Pero en esta época de incesante debate crítico, en que todo se somete á la picota del análisis, tampoco conviene dejar en suspenso ningún problema que atañe á la vida de la humanidad, por manera que ello puede un día ú otro conducir á lograr las soluciones deseadas y convenientes. Una vez alcanzada la emancipación material, hay que perseguir, si no queremos embrutecernos, la emancipación espiritual.

Existen muchas obras, en realidad, que deben considerarse sólo como simulacros de arte, ya por su carácter artificioso ó fragmentario, ya por su carencia de vida y de sen-

(1) Desde hoy y mensualmente, nuestro amigo Pérez Jorba nos remitirá de la capital de Francia una Revista, hablando de las principales producciones artístico-sociológicas que se presentan en el mundo intelectual.

tido. Obras vacías son. Después de la época en que el sentimiento predominó de un modo enfermizo en el arte, esto es, durante el período romántico ó la edad del lloriqueo, hemos visto en estos últimos años triunfar una literatura de concupiscencia, que ha substituído la *idea* por la *sensación*, creando obras que, psíquica y *fisiológicamente*, resultan nefastas para la humanidad. El sensualismo en el arte, unas veces pagano, ó *terre-à-terre*, y otras místico, ó ideal, ha hecho apartar á muchos espíritus del sendero de la vida sana y consciente, agostando en ellos toda aspiración elevada, mixtificando sus sentimientos más nobles, con lo que se contribuye á impedir el progreso moral del hombre, que es el único, seguramente, que le da un timbre de superioridad y le conduce á la emancipación.

Tales formas y tales tendencias empiezan á fracasar. Después de haber pasado por el alambique de la psicología, el arte se encuentra ahora frente á frente con los abusos de la civilización actual, que se hace cada día más inhumanitaria y corrompida, con la organización de la presente sociedad pseudo-cristiana, cuyo fondo es hipócrita, mercantil y concupiscente. Una de las causas primordiales de nuestra miseria es la lucha sin piedad por el dinero, cuya omnipotencia está representada por la banca, por el comercio, y, en síntesis, por el capital. Creando la riqueza para los privilegiados, y no movilizándola, como hubiera acaso debido ser, se ha absorbido y enajenado el patrimonio de todos, haciendo víctima lamentable al proletariado, aun cuando tampoco las clases mesocráticas se libran completamente de la implacable tortura del dinero. Esta es sólo una de las infinitas corruptelas en que se apoya la sociedad presente, y no entro en mayores detalles porque su exposición exigiría páginas y más páginas.

La realidad, pues, se ha impuesto á la imaginación del hombre, y de aquí ha nacido lo que llamamos el *arte social*. Ofrece éste un fondo de moralidad que incita á reflexionar seriamente, en vez de recrear y embrutecer puramente con la sensualidad artística. Se despierta en el espectador el espíritu crítico y se le alcanzan fines más nobles que el acatamiento de una realidad miserable, llegando, por este camino, á preocuparse de su mejoramiento. Meditando sobre la existencia actual se puede adquirir sentido acertado respecto de la nueva, que ha de ser formada precisamente por los mismos hombres emancipados.

Me ha sugerido estas ideas la lectura de un libro escrito por Emilio de Saint-Auban, titulado *La idea social en el teatro*. Se trata en realidad de una crítica de costumbres, más que de un compendio de filosofía sintética, y por ello resulta actualmente de alguna utilidad práctica. Por lo general se ocupa en las obras francesas que, bajo una forma agradable, encierran una idea profundamente moral y social.

Sucede con frecuencia, y esto lo nota ya Saint-Auban, que en la nueva literatura se sacrifica el arte por las opiniones filosóficas, mermando de este modo la acción de la propia vida. Este es uno de los puntos que exige mayor remedio, especialmente en los autores de menor impulso, pues los grandes como Ibsen, Tolstoi y Zola lo han solventado ya con ventaja.

El teatro es una de las instituciones que más puede contribuir á la educación del pueblo, por lo que su funcionamiento debe ser atendido seriamente por los hombres de buena voluntad. La prensa, en general, se ocupa poco de él y lo hace de un modo pésimo, dando preferencia á las obras ligeras y, lo más sorprendente, dedicando su atención á la sala de espectáculos.

Lo más importante en la obra de Saint-Auban es la relación que establece entre la vida corriente y el objeto de que se ocupa, como medio, este último, de transformar aquélla. Me complazco en expresar, para resumir, que dicho autor es un enemigo cordial de

la sociedad presente, cuya regeneración vislumbra sólo en el triunfo de los ideales anárquicos.

\* \* \*

De Alemania nos llega una colección de ensayos que forma en conjunto una crítica filosófica de la civilización contemporánea, bajo el título general de *A través de los siglos*.

El método que sigue en esta obra su autor, Luis Stein, es el *criticismo evolucionista*, utilizando la *historia* para fijar los hechos de la civilización y empleando la *filosofía* para dilucidar su fin moral. El procedimiento histórico, según declara Stein en el prefacio de su libro, es el más adecuado y seguro, toda vez que el conocimiento filosófico no pasa de ser probable, pues necesita de la confirmación ó de la contradicción de la vida venidera. Moralmente la historia nos indica los *imperativos* del porvenir, esto es, el futuro deber moral. Precisa para ello considerar que el intelecto, en sus formas y categorías, es el resultado de la evolución. Estas formas y categorías significan la *interpretación* de la naturaleza por la conciencia. Stein opina, como otros muchos, que las leyes de la naturaleza son las mismas que las del pensamiento.

La filosofía nueva sigue el método de las ciencias naturales. De aquí que la psicología se funde hoy principalmente en la fisiología. El historiador inglés Buckle, entiende que la historia debe explicarse por un encañamiento riguroso de causas y efectos. Pero llega Darwin y transforma sus ideas, comentando la vida por el sistema de la evolución. Stein se muestra partidario de la dirección de este último. Su libro, á ratos, ofrece un carácter de relatividad por ocuparse más de procedimiento que de fundamento filosófico.

Siguiendo las ideas en que se desenvuelve la preconcepción de sistema de este autor, se ve que considera la biografía como extraordinariamente útil para la historia filosófica, pues la exposición de una serie de pensamientos, haciendo caso omiso del *medio* que los ha originado, no es legítima ni fructuosa para el espíritu del lector.

En uno de los ensayos se ocupa Stein de «La naturaleza y objeto de la sociología». Este último, dice, es tan extenso como la propia actividad humana; pues la sociología comprende todas las ciencias morales. No es una ciencia *individual* ni un tratado de *leyes*: es algo así como una especulación sobre los medios ambientes.

Trata, acto seguido, del problema filosófico en la sociedad humana, y expresa que la libertad solamente existe para el hombre. Esta es el resultado de la riqueza creciente en su vida íntima. Luego añade que, por la idea de la evolución, comprendemos el paso del *colectivismo* medioeval al régimen moderno de la *personalidad* ó anarquía. A la *constancia* psicológica ha seguido la *variabilidad* psicológica.

Sin embargo, hay que estudiar también al hombre como *ser social*. El fin de la vida se manifiesta por la *voluntad de la felicidad*. A ello deben encaminarse todos nuestros esfuerzos, afirmando como principio el imperio de la vida. Entrando en la esfera de las soluciones, hemos de creer que la historia del siglo pasado exige como *imperativo* la realización de la *paz social*, mediante, según Stein, la fórmula del socialismo en las instituciones el individualismo en las personas.

Tales son, en forma simple y sin orden metodológico, las ideas que el pensador alemán expone en sus ensayos.

J. PÉREZ JORBA.

3 Septiembre 1901.



# LA LUZ

## DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

### MAURICE DONNAY Y LUCIEN DESCAYES

#### PERSONAJES

|                               |                                     |
|-------------------------------|-------------------------------------|
| EUGENIO ROS, obrero sastrero. | TOMÁS, labrador.                    |
| EL DOCTOR FIGUEROLA.          | ELENA SOTORRA, institutriz.         |
| SR. FIGUEROLA, su padre.      | JUANA, compañera del Dr. Figuerola. |
| CALAMARTE, obrero ebanista.   | ROSA, vieja sirvienta.              |
| ARÍSTIDES VERNET, periodista. | ADELA, compañera de Ros.            |
| El tío RAFAEL.                | MAGDALENA, esposa de Menéndez.      |
| BARTOLO, zapatero.            | ROSALÍA, » de Bueno.                |
| PELÁEZ, pintor.               | CARMEN » de Tomás.                  |
| MENÉNDEZ, cerrajero.          | UN APRENDIZ.                        |
| BUENO, tejedor.               | El niño ROS.                        |
|                               | » » Tomás.                          |

Personajes que no hablan; comunistas que figuran solamente en el acto 4.º en la reunión del Consejo de familia y que son dos labradores, un albañil, un carpintero y un sombrerero, acompañados de sus mujeres.

#### ACTO PRIMERO

La escena representa el gabinete de consulta del doctor Juan Figuerola. Mobiliario muy sencillo; una gran biblioteca, mesa despacho, un sillón mecánico, una puerta a la izquierda por donde se entra del exterior, y otra en el fondo que conduce a las habitaciones. La acción pasa en nuestros días.

#### ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR FIGUEROLA, JUANA Y ROSA.

(Al levantarse el telón el doctor y Juana están sentados y hablan.)

DOCTOR.—(*A Rosa que trae el café.*) ¿Hay ya gente para la consulta?

ROSA.—No señor, no hay nadie todavía.

JUANA.—(*Cariñosamente.*) Tanto mejor, así podré permanecer un rato más contigo; además sólo es la una y media. Rosa, hágame usted el favor de *El Explorador*. (*Rosa coge un periódico de la mesa despacho*) ¿Es el de hoy?

ROSA.—Yo creo... yo no sé...

JUANA.—Usted no sabe nada, usted no sabe nada. Sólo tiene que mirarlo... ¿Qué hay en la cabeza escrito?

ROSA.—(*Trayendo el periódico.*) Hoy 20 Floreal... añ... añ... (*deletrea*).

JUANA.—Esto es, 20 Floreal. Rosa no se meterá nunca en la cabeza el calendario republicano... ¿es así Rosa?

ROSA.—Yo conozco el calendario de los cristianos y sé que hoy estamos a 28 de Junio... esto me basta.

DOCTOR.—Esté usted tranquila, mi buena Rosa; el periódico del señor Aristides no tiene de revolucionario más que la cubierta.

ROSA.—¡La cubierta! ¡Ah! sí, vamos, es lo que le conviene. (*Sale refunfuñando por la puerta izquierda.*)

JUANA.—(*Vertiendo el café.*) Con todo, no es necesario que el nombre de Vernet esté en la cubierta, porque á él se refiere cuanto el periódico contiene.

DOCTOR.—¿Cómo es esto?

JUANA.—*El Explorador* nos tiene cuidadosamente al corriente de todos los hechos y acciones de la familia Vernet.

DOCTOR.—¡Oh! de todos, esto quizás es mucho decir.

JUANA.—Escucha (*lee*): «Nos alegramos de saber que D. Raimundo Vernet, el hijo del probo concejal de nuestro Ayuntamiento, va á emprender un largo viaje al extranjero para hacer una serie de estudios sobre las legislaciones comparadas».

DOCTOR.—¡Bien! pero esto es muy interesante... para él... ¡Buen viaje!

JUANA.—¿Vernet quiere, pues, hacer de su hijo un juriconsulto?

DOCTOR.—¿Por qué no? Este antiguo obrero tipógrafo tiene mucha ambición para su heredero. Lo ha puesto en el colegio con los niños de las más distinguidas familias del país... Si se hubiese atrevido lo habría puesto en un establecimiento religioso, porque hace más *chit*...

JUANA.—Los electores se habrían alarmado; figúrate ¡el hijo de un concejal republicano!

DOCTOR.—Radical, socialista, independiente.

JUANA.—Porque es todo eso.

DOCTOR.—Bárbaramente.

JUANA.—Esto no concuerda muy bien con la ambición que tiene para su hijo.

DOCTOR.—Pues, sí... Vernet, á la cabeza hoy de una imprenta de importancia, es un medrado de una clase particular, el medrado intermitente. Cuando se dirige á los proletarios, recuerda la humildad de su origen... y sabe explotarla. Entonces saca partido de tal inferioridad, alabándose de ello, exagerando sus continuas luchas; pero rescata esta tara á los ojos de la burguesía con la educación que ha hecho dar á su hijo, arreglándolo de la forma más lisonjera para aquella gente. Así tiene un pie en cada campo, pero el pie izquierdo está calzado con un zueco y el derecho con una botina; añade á eso que, gracias á su imprenta que le suministra medios de acción y de presión decisivos, tiene él tanta influencia sobre la burguesía de aquí como sobre la población obrera.

JUANA.—¡Entonces, es un personaje considerable!

DOCTOR.—¿Vernet? Y gracias á su periódico *El Explorador*, es un pequeño Cromwell de distrito; él hace y deshace los diputados y los rehace de nuevo. ¡Ah! no quisiera encontrarlo yo al lado de una urnal

JUANA.—¿En qué grado de relaciones estás tú con él?

DOCTOR.—Estuvimos refidos un momento después de las elecciones municipales. No me perdonó el haber impedido salieran dos operarios de la fábrica, atacados de bronco-pneumonía... Como eran dos de sus partidarios él dió otro nombre á su enfermedad.

JUANA.—¿Y cómo la llamaba él?

DOCTOR.—Una extinción de voz. Después nos reconciamos y hasta me felicitó porque traté sin contemplaciones á los imprudentes que destrufan sus cálculos.

JUANA.—(*A Rosa que entra.*) ¿Qué hay, Rosa?

ROSA.—(*Entregando una carta al doctor.*) Es un caballero que me ha dicho entregue esta carta al señor.

DOCTOR.—(*Toma la carta, la mira y algo molesto, dice á media voz.*) ¡Es mi padre!

JUANA.—(*Se levanta.*) ¡Tu padre! Entonces os dejo solos.

DOCTOR.—(*Sin convicción.*) No, quédate.

JUANA.—No, no. Prefiero mejor dejaros.

DOCTOR.—Como quieras; pero puedes quedarte, pues no estorbabas, al contrario.

JUANA.—Pero á él esto le molestaría quizás... vamos, hasta luego. (*Sale por la puerta del fondo.*)

DOCTOR.—(*A Rosa.*) Que pase, Rosa.

## ESCENA II

SR. FIGUEROLA, DOCTOR

SR. FIGUEROLA.—Buenos días, Juan.

DOCTOR.—Muy buenos, padre. (*Se abrazan.*) ¡Qué agradable sorpresa! ¿De dónde vienes?

SR. FIGUEROLA.—(*Algo embarazoso.*) Pues he ido á Zaragoza, he ido á Zaragoza por un asunto... y he hecho un esfuerzo para venir á verte.

DOCTOR.—No podías tú hacer otro esfuerzo que me fuera más agradable.

SR. FIGUEROLA.—(*Todavía embarazoso.*) Hace tanto tiempo que no te había visto... ¿sabes cuánto?

DOCTOR.—Cerca de un año... ¿Está buena mi madre?

SR. FIGUEROLA.—Sí, está buena, aunque haya tenido estos días una especie de sofocaciones que me daban cuidado.

DOCTOR.—¿Sí, y qué era?

SR. FIGUEROLA.—Ella se había imaginado que tenía una enfermedad del corazón; entonces la llevé á casa de un especialista que la ha examinado, auscultado con mucho interés y diagnosticado con acierto... En resumen, ha dicho que la sofocación no es del todo del corazón y que mejor pueden atribuirse estas opresiones á la edad. Tu madre tiene cincuenta y dos años: atraviesa un período peligroso para las mujeres.

DOCTOR.—Sí... Y tú, ¿estás siempre bueno?

SR. FIGUEROLA.—Siempre, como tú ves. Yo voy, vengo, salgo; tengo un apetito de joven y un sueño de niño.

DOCTOR.—¡Es maravil'oso! El caso es que tienes un semblante soberbio.

SR. FIGUEROLA.—Es también la alegría de verte. ¡Ah! Juan, estoy muy contento.

DOCTOR.—(*Algo triste.*) También yo, padre, también yo.

(*Una larga pausa.*)

SR. FIGUEROLA.—(*Sentándose.*) El caso es que tengo un montón de cosas que decirte... y no te digo nada.

DOCTOR.—(*Sonriendo.*) Sí, sí, comprendo esto; pero no te apures, ya vendrán las ideas después. Siempre sucede lo mismo; se empieza por no decir nada, ó bien cosas insignificantes pareciendo como si uno tuviera antes necesidad de reconocerse.

SR. FIGUEROLA.—(*Apoyando.*) Sí, de reconocerse.

DOCTOR.—¿Quién hay nuevo entre vosotros en la casa?

SR. FIGUEROLA.—¡Oh! hay grandes mudanzas. Tu madre ha despedido al ayuda de cámara y á la cocinera... por no sé qué historias.

DOCTOR.—¿Sí? ¿Yo creía que estaba muy contenta?

SR. FIGUEROLA.—(*Confidencialmente.*) Sí, pero ha descubierto que los dos tenían relaciones.

DOCTOR.—(*Pausadamente.*) No me parece bien meterse con los criados.

SR. FIGUEROLA.—¡Figúrate tú que esto duraba desde hace siete años!

DOCTOR.—Son bagatelas que ni vale la pena de pensar en ellas. ¿Qué le importaba á mi madre, con tal que ellos cumplieran con su obligación? ¿Te incomoda esto á ti?

SR. FIGUEROLA.—A mí me tiene sin cuidado. Pero tu madre no admite que semejantes cosas pasen en su casa, bajo su techo. Ella tiene sus ideas.

DOCTOR.—¿Y qué hay de nuevo, además?

SR. FIGUEROLA.—¿Sabes que tu primo Serra se ha casado?

DOCTOR.—¿El bello Teodoro? ¡Ah! ¿y con quién se ha casado?

SR. FIGUEROLA.—Con una señorita Prats.

DOCTOR.—No la conozco.

SR. FIGUEROLA.—Sí, sí la conoces; Prats, la dueña del gran almacén de lámparas de la Carrera de San Jerónimo...

DOCTOR.—¿Es bonita?

SR. FIGUEROLA.—Es horrible, negra, seca, tiene unos dientes muy feos y debe estar enferma. Amigo, se necesita mucho valor.

DOCTOR.—Sin duda debió llevar un buen dote.

SR. FIGUEROLA.—Se dice de medio millón...

DOCTOR.—¡Todo se aclara!

SR. FIGUEROLA.—Y las esperanzas.

DOCTOR.—¡Esperemos!

SR. FIGUEROLA.—Por otra parte hay quien se escandaliza de ello.

DOCTOR.—Me sorprendes... ¿Estáis vosotros en la boda?

SR. FIGUEROLA.—Naturalmente, puesto que yo fui testigo. *(El doctor sonríe.)* Pero te interesa poco lo que te cuento.

DOCTOR.—Al contrario, me interesa mucho. No puedes tú imaginarte hasta el punto que me interesa. ¡Ah! el bello Teodoro está casado y yo sin saber nada.

SR. FIGUEROLA.—Creía te había enviado una carta participándotelo.

DOCTOR.—No he recibido nada absolutamente. Mi manera de vivir me pone fuera de la familia y aun en el margen de la sociedad; esto es, sin duda, lo que le ha impedido participarme la infamia que iba á cometer... Esto tengo ganado. *(Pausa.)*

SR. FIGUEROLA.—*(Se levanta.)* Y tú, ¿eres feliz?

DOCTOR.—Muy feliz, padre.

SR. FIGUEROLA.—¿Tu clientela?

DOCTOR.—Suficiente.

SR. FIGUEROLA.—*(Buscando cómo designar convenientemente á la compañera de su hijo.)* Y mi... y tu...

DOCTOR.—Mi mujer, padre; puedes decir mi mujer.

SR. FIGUEROLA.—¡Ah! ¿la haces pasar aquí por tu mujer?

DOCTOR.—No, yo no la hago pasar... ni he experimentado la necesidad de engañar á las personas declarando que estamos casados, ni la de desafiarlas proclamando que no lo estamos. Para todo el mundo aquí Juana es la señora de Figuerola y esto basta.

SR. FIGUEROLA.—¿Pero si la verdad se descubre?

DOCTOR.—Se descubrirá, he ahí todo.

SR. FIGUEROLA.—¿No temes que eso perjudique á tu situación, á tu porvenir? La maldad y la hipocresía son en todas partes lo mismo, y peor en provincias que en Madrid, y si se descubre que vosotros no estáis casados, todas las puertas se cerrarán para ti con hostilidad.

DOCTOR.—¡Es posible!... ¿Qué quieres? Entonces vería lo que tengo que hacer. Ade-

más, ¿por qué me repites esto? Tú sabes bien que esta situación no tiene remedio, puesto que yo por otro lado ya estoy casado, que he dejado mi mujer legítima y que ella no quiere oír hablar de divorcio.

SR. FIGUEROLA.—Los principios religiosos se oponen á ello y para divorciar, precisa ser dos.

DOCTOR.—O tres.

SR. FIGUEROLA.—Este no es el caso; ella no tiene ningún resentimiento contigo.

DOCTOR.—Lo siento.

SR. FIGUEROLA.—Rehusando divorciarse está en su derecho.

DOCTOR.—(*Irritándose poco á poco.*) Como está en su deber. Evidentemente, no ha tenido agravios conmigo, á lo menos los previstos por la ley. Yo reconozco que ella no tenía ninguna enfermedad secreta, que no me había engañado, ni herido ante testigos... que jamás había desertado del hogar conyugal... no, ella no ha tenido todos esos agravios, pero ha tenido todos los otros, comprendes, todos los otros. No tenemos las mismas ideas.

SR. FIGUEROLA.—Hay incompatibilidades entre vosotros.

DOCTOR.—Hay incompatibilidades ligeras; pero, á un cierto grado éstas pueden hacerse trágicas y emponzoñar toda una existencia. Yo me analicé bien; me sentí volver loco... ¡loco! Y... entonces partí... dejé aquella mujer avara, fría, vanidosa y devota...

SR. FIGUEROLA.—No, sino como dice tu madre, económica, honesta, noble, y piadosa.

DOCTOR.—Admitamos que ella tenga todas las cualidades que yo detesto y ninguno de los defectos que yo amo. Pues bien; esto basta... para mí á lo menos. Y si tuviera que rehacerse eso yo lo volvería á hacer una y mil veces. Por otra parte; su obstinación en negarse á devolverme mi libertad, aun después del escándalo de mi partida, prueba muy bien el rencor, la mezquindad y el espíritu terco de esa compañera selecta...

SR. FIGUEROLA.—O su religión.

DOCTOR.—Que por otro lado aconseja el perdón de las ofensas.

SR. FIGUEROLA.—Desde otro punto de vista.

DOCTOR.—Y, pues, ¿por qué la defiendes tú? Si yo te apretara un poco confesarías que tú mismo con todo y tu carácter conciliador no habrías podido vivir con ella. Vamos, sé sincero.

SR. FIGUEROLA.—(*Conmovido.*) Es cierto que...

DOCTOR.—Entonces tú debes comprenderme... excusarme.

SR. FIGUEROLA.—(*No defendiendo más á su nuera.*) ¡Pardiez! Si tú no podías vivir con ella... has hecho bien de dejarla, en esto no hay duda. Además, que no es esta la cuestión; yo hablo de tu unión con...

DOCTOR.—Yo no puedo, sin embargo, condenarme á vivir solo, mientras no venza por la persuasión ó por los inacabables medios jurídicos la resistencia de mi mujer. He encontrado después otra mujer que me ama; vivimos juntos, esto me parece muy natural, tanto más natural cuanto que me es imposible hacerlo de otro modo, porque no podría casarme suponiendo que un primer matrimonio no me hubiese disgustado de esa formalidad. Hay una ley que instituye el divorcio; pero á mí se me rehusa este beneficio. Es preciso ser lógico y no reprocharme una situación que la ley favorece.

SR. FIGUEROLA.—Fíjate bien que á mí me es indiferente. Y si te hablo de esto es ante todo desde el punto de vista de tu profesión, de tu porvenir; eso puede crearte una situación difícil; el mundo no admite la unión libre... por ahora á lo menos.

DOCTOR.—El mundo no admite nada de lo que es libre. Y no obstante, un hombre y

una mujer se eligen, sus miradas se cambian, sus corazones laten el uno por el otro, sus manos se juntan, sus labios se unen: en todo esto yo no veo nada de inmoral, al contrario. He sido desgraciado en el matrimonio, soy feliz en la unión libre, mi elección está hecha.

MAURICE DONNAY.—LUCIEN DESCAYES.

Traducción de Soledad Gustavo.

(Se continuará.)



## SECCIÓN GENERAL



DOCUMENTO HISTÓRICO

# MANIFIESTO

La nación española está en crisis. La política, ese arte de aplicar la autoridad en beneficio de los menos y en perjuicio del mayor número, se halla en tal estado de vacilación y de inestabilidad, que alienta todas las esperanzas y excita todas las ambiciones.

La dinastía, que sufrió tremendo golpe con la Revolución, y que pasó por la vergüenza de verse restaurada por un general ingrato y desleal, ha recibido no menos tremendo golpe por la muerte, dejando como sombra de la majestad monárquica una regencia ejercida por una mujer de otra nación y una minoridad, que en los momentos actuales, para simbolizar mejor la debilidad de lo existente, no sabemos si ha de ejercerse en nombre de una princesa, que ya vive, ó de un príncipe nonnato.

En tal situación, es punto menos que imposible la incontinuidad dinástica, y, como consecuencia, la monárquica; ya que el carlismo, representación de la única dinastía competidora, ha quedado tan rezagado que apenas sería posible en una sociedad como la del siglo pasado, del cual nos separa, más que el plazo transcurrido, la inflexible lógica de la ley del progreso.

Una nación que empieza á tener conciencia de su propio derecho, que alienta en su seno las aspiraciones más radicales y revolucionarias, que en lo que va de siglo ha derramado sin medida su sangre por los principios liberales, que ha ensayado cuantas limitaciones pueden ponerse al poder real, por medio de sus Constituciones, que ha disfrutado ya de dos destronamientos y que se avergüenza de verse adelantada en el camino del progreso por las demás naciones, no ofrece ya base segura para consolidar una monarquía.

Los liberales de todos los matices, desde el conservador más reaccionario hasta el federal pactista, lo reconocen así, y caminamos rápidamente á una situación análoga á la en que nos hallábamos en Febrero de 1873. Otra vez la burguesía liberal se verá precisada á proclamar la República, y al constituirla despojarán al poder de los efectos de guardarropía monárquica y la revestirán de los atributos republicanos para continuar oprimiendo y despojando á los trabajadores.

En tales circunstancias, el clero, seguro de ser siempre bien considerado por el par-

tido vencedor, no perderá la ocasión de atizar al fanatismo de las gentes que aún viven en las tinieblas de la Edad Media, y concitará sus fuerzas á la guerra civil.

Entre tanto los partidos republicanos se agitan, se organizan, procuran dar seguridades á las clases privilegiadas de que sus privilegios serán respetados; pero no quieren coaligarse, porque sus jefes distan mucho de hacer el sacrificio de sus propias ambiciones y porque ninguno confía en la rectitud de intenciones de los otros.

Los liberales monárquicos y los republicanos unitarios, partidos todos compuestos únicamente de eminencias políticas y de caciques locales, confían más en la intriga que en la popularidad; no así el republicano federal, que, considerando su sistema como el único racional, y capaz de resolver el problema económico, aspira á apoyarse en las masas populares y ha declarado que aceptará la coalición siempre que no se pongan obstáculos á la emisión del sufragio y se respeten sus resultados.

Como miembros sociales que nunca hemos de formar parte de esos partidos de jefes, hagamos caso omiso del jacobinismo zorrillista, el que, además de sus comités, cuenta sus partidarios entre la clase de sargentos; lo mismo que del infatuado posibilismo, agrupación de soberbios, admiradores de la elocuencia de su jefe, enamorados de sí mismo y que desprecian al que no es de su comunión, sobre todo si le consideran inferior en categoría. Ambas agrupaciones, probable receptáculo de la podredumbre política cuando llegue el caso de proclamar la república, conservadores del unitarismo nacional, sólo desprecio merecen por parte de la totalidad de los productores.

Queda el partido republicano federal, único partido liberal que solicita el apoyo de las masas populares, no menos enemigo de los trabajadores que los demás, por cuanto opone incesantemente las argucias políticas á las reivindicaciones revolucionarias del socialismo, y trata por este modo de reclutar incautos, debilitando así las falanges obreras que luchan por la emancipación social.

Pretende el partido federal presentarse como el único racional y científico, y si verdaderamente tuviera en su apoyo la razón y la ciencia, nadie podría disputarle el triunfo.

Creemos, en efecto, que el sistema federativo, basado en el pacto, será como el inmenso plano en que se desarrolle la sociedad del porvenir; y á pesar de esto, entre los federales políticos y nosotros, que muchos creen existe afinidad, hay un abismo inmenso.

El pacto que sirva de base á la Federación ha de reconocer entidades reales y positivas, perfectamente determinadas, no unidades ficticias creadas por el privilegio y conservadas por la tradición.

El ciudadano ateniense era un filósofo más ó menos charlatán, que vivía de la holganza, reposando del trabajo de 400.000 esclavos; el ciudadano lacedemonio era un rústico guerrero que oprimía y explotaba cruelmente á los desgraciados ilotas; el ciudadano romano era un bandido, disoluto y feroz, que hacía la guerra á todo el mundo conocido para robar el producto del trabajo y reducir á la esclavitud á los productores.

He ahí la unidad que sirve de base á los republicanos federales.

Y no se diga que el ciudadano moderno haya progresado hasta elevarse á una altura perfectamente científica, porque hoy conserva la odiosa desigualdad originaria; peor aún, el título de ciudadano constituía en la antigüedad un privilegio, una dignidad, una garantía de la que se hallan privados muchos hombres considerados como de condición inferior; hoy el título de ciudadano, concediéndose por igual á todos los hombres y sirviendo de base política por la universalidad del sufragio, encubre hipócritamente las desigualdades sociales.

Para la constitución política de la sociedad son *ciudadanos*: el noble, el cura, el mili-

tar, el propietario, el industrial, el rentista, el hombre de carrera, el obrero, el labrador, el peón y el gañán.

Todos son electores y elegibles; así lo reza á lo menos el credo democrático republicano.

El noble podrá ser un orgulloso, envanecido con la gloria de sus antepasados; el curá, formando casta aparte, por el celibato, podrá tener el cerebro atrofiado por el estudio de teología; el militar podrá ser un ignorante perdonavidas; el propietario, industrial y rentista, podrán acumular dinero mediante la explotación ó la usura; el hombre de carrera podrá hacerse una brillante posición, mucho más si es abogado, merced al privilegio que le ha permitido asistir durante unos cuantos años á la Universidad; pero el obrero, el labrador, el peón y el gañán, entregados desde la más tierna edad al trabajo y careciendo de todo medio de ilustración, trabajarán siempre, y, como única participación en los beneficios democráticos, *votarán á sus gobernantes*. Tampoco pueden hacer otra cosa estos últimos, ya que ignoran las leyes en que se basan la constitución y administración de los pueblos, á causa de la proverbial forma de embudo que los ciudadanos desde burgués arriba han dado al famoso pacto social.

Por eso los ricos y los sabios son, naturalmente, los llamados á tener por el mango la sartén democrática.

¿Es esto racional ni científico?

El título de ciudadano, como se ve, es hoy tan contrario á la igualdad como lo fué en su origen; por eso los liberales monárquicos, relativamente lógicos, han conservado hasta hoy esa desigualdad como fundamento político, estableciendo el censo electoral; y los republicanos de todos matices, secundados por los monárquicos cuando llegue el momento oportuno, viendo que se ha encontrado el medio de asegurar su predominio, aceptará el sufragio universal, que justifica aparentemente la expoliación y explotación de los trabajadores.

Sí, la unidad fundamental, el ciudadano, es falsa; las entidades que de ella se derivan carecen de valor científico para el pacto y la federación.

La ciudad, punto de residencia de los individuos desiguales y de intereses antagónicos, albergue de jerarquías, teatro donde se desarrolla la lucha por la vida entre los elementos más discordantes, no es una entidad pactante, y si pacta, no podrá nunca realizar el pacto conmutativo y bilateral, único justo y científico, en el que cada uno da en justa proporción de lo que recibe y termina cuando uno de los pactantes quiere rescindirle porque no le convenga ó para renovarle por nuevas cláusulas más convenientes, sino el pacto leonino, que obliga por medios coercitivos al cumplimiento de lo que repugna, de lo que no conviene, de lo injusto.

La provincia es una división territorial que tiene por objeto facilitar la exacción de los tributos, la aplicación de la fuerza y fomentar la desunión por el desarrollo del sentimiento patriótico; y no se diga que las actuales provincias son divisiones ficticias por ser obra de un decreto, porque las antiguas regiones históricas son divisiones ficticias también, pero de más antigua fecha, y producto de la conquista, lo que no diremos si es peor ó mejor que un decreto.

El Estado es la consagración de las injusticias contenidas en la ciudad, multiplicadas por el número de localidades de que consta la nación, el dispensador de la autoridad relativa que necesitan las provincias para imponerse á la localidad, y por consecuencia el trono de la tiranía, con su cohorte de crímenes y maldades, que hacen de una nación que debiera componerse de hombres libres é iguales que viven en la reciprocidad del derecho

y del deber, una agrupación de poseedores y de esclavos, de sabios é ignorantes, de holgazanes y trabajadores.

Pasaron para no volver jamás la *autocracia* (gobierno de uno, monarquía, imperio), la *aristocracia* (gobierno de los nobles, feudalismo), la *teocracia* (gobierno del clero), con las alteraciones y medias tintas sufridas en la práctica y consignadas en la historia; hoy vivimos en plena *mesocracia* (gobierno de la gente de dinero, de la burguesía), y como remedio á los males que los productores sufrimos, se nos ofrece la *democracia* (gobierno del pueblo); pero este remedio no es más que una ilusión que los *mesócratas* (los burgueses), nos proponen para continuar disfrutando los beneficios que les reporta nuestra explotación y despojo.

La *democracia*, basada en la unidad política del ciudadano, ora como sistema unitario, según las tendencias del jacobinismo francés, ora como federación que combina aquella unidad en las entidades el Municipio, la Provincia y el Estado y desatiende al productor y á las colectividades formadas por los productores, tratando á lo sumo de reconocer su derecho como reconoce el de las agrupaciones filosóficas, industriales, religiosas, recreativas, etc., es una ficción irrealizable; nunca el pueblo, tomando esta palabra en la acepción de los trabajadores asalariados, privados de instrucción y de medios de subsistencia, llegará á gobernar.

Mienten los que le quieren hacer demócrata, los que le predicán *democracia*, porque los que tienen el monopolio de la ciencia y de la riqueza nunca se dejarán gobernar por su criado, por su zapatero, por su sastre, por su arrendatario, ni por ninguno de los que proveen á su holganza.

La *democracia* encubre una vana esperanza, y como única realidad sólo significa la sanción por los trabajadores de la tiranía, de la explotación y del despojo de que son víctimas.

Mentira es la *democracia*, odiosa palabra inventada para someternos y dominarnos por el engaño, ya que los sistemas de fuerza no pueden sostenerse en una época razonadora que sabe que aún no hace cien años se levantó en París el cadalso para el rey y la nobleza.

No somos, pues, demócratas, y abominamos la democracia porque abominamos el poder, aborrecemos el gobierno y no le queremos ni aun para nosotros, diferenciándonos en esto de esos trabajadores ilusos que sueñan en la constitución de un partido político.

En oposición á todas las injusticias sociales, que tuvieron su origen en el primer acto brutal que cometió el fuerte contra el débil, que sancionó la política cuando el fuerte y el astuto se coaligaron para constituir un gobierno, y que la política conserva, persistiendo en el error de creer que el principio de autoridad, en mayor ó menor dosis, ha de dar de sí la fórmula social perfecta y justa, en oposición á todos los sofismas que nuestros enemigos inventan, preséntanse los trabajadores, hoy que la crisis política ofrece oportunidad, á exponer sus aspiraciones de reivindicación del derecho juntamente con sus ideas y doctrinas, como fuerza viva de la nación, como entidad activa y pensante, reclamando el concurso de cuantos prefieran la justicia á la propia conveniencia, la verdad á la preocupación y la inflexible lógica de la ciencia á la vana fraseología de los mercaderes políticos de todos colores.

Proclamamos la *acracia* (no gobierno) y aspiramos á un régimen económico-social en que, por la concordancia de los intereses y la reciprocidad de los derechos y de los deberes, todos sean libres, todos contribuyan á la producción y todos alcancen la mayor felicidad posible, que consiste en que lo que se disfrute sea ganado por el propio trabajo sin la explotación, y, por consiguiente, sin las maldiciones de ningún explotado.

La naturaleza con sus dones espontáneos, la ciencia con el resultado de todas las

observaciones y de todos los estudios debidamente metodizados, los medios de producir ó aplicaciones de la ciencia á la producción y la riqueza resultante del trabajo de todas las generaciones anteriores, constituyen un patrimonio universal que de derecho pertenece á cuantos viven en una generación.

Las leyes que vinculan lo que nadie ha creado ó lo que crearon todos los hombres que nos precedieron por el trabajo y por el estudio, son leyes expoliadoras, son leyes injustas, son leyes infames, que sólo pueden obtener la aprobación de los detentadores de nuestra tierra, de nuestra riqueza, de nuestra ciencia. Los que formularon esas leyes, los que las conservan, los que á ellas se someten y los que las aplauden son culpables del crimen de lesa humanidad; por ellas se halla contenido el progreso, por ellas se ve tan reducido el término medio de la vida humana, por ellas se atrofia la inteligencia de un número espantoso de hombres, por ellas viven aún lozanas las supersticiones y creencias de la Edad Media, por ellas se encuentra raquítico y anémico nuestro cuerpo, por ellas se ceban en nuestras poblaciones horribles epidemias y por ellas tienen medio de acción un sinnúmero de enfermedades que siegan en flor tantas vidas que serían la honra y orgullo de nuestra especie.

No tiene dueño la tierra, como no lo tiene el aire, la luz, los mares, el subsuelo, los bosques y todo cuanto existe sin el trabajo del hombre.

No tiene dueño la ciencia, personificación nobilísima y gráfica de la solidaridad humana, suma total de los conocimientos parciales de cada ser, de cada generación, de cada pueblo histórico..

No tienen dueño los medios de producción, consecuencia y aplicación de los conocimientos científicos.

Porque la tierra, la ciencia y los grandes artefactos mecánicos no los crearon sus detentadores, sino que se crearon por causas independientes de la actividad del hombre ó se produjeron por el trabajo de todos los hombres, y el que disfrute de un título de propiedad ó de un diploma universitario y con ellos explota y tiene en estado de dependencia á sus semejantes, merece el calificativo que la sociedad actual aplica al que se apropia lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

La verdadera y científica unidad social es el productor.

Son *productores*: los que cultivan las ciencias, arrancando á la naturaleza sus secretos para ensanchar nuestra esfera intelectual y aumentar nuestra potencia productora; los que cultivan el arte, sublimizando nuestros sentimientos para hacernos más capaces de admirar lo bello y lo bueno y acercarse á la felicidad; los que cultivan la industria y la agricultura, atendiendo á todas nuestras necesidades corporales.

El sabio en su gabinete que, estudiando intrincadísimos problemas, da con una solución que se traduce por un invento maravilloso; el geógrafo que, desafiando las inclemencias climatológicas ó de otra especie, se arriesga por el interior del Africa ó desafía los fríos polares para determinar fijamente el inventario de nuestro planeta; el paciente observador que, con su potente genio y admirable constancia, sorprende los misterios de la vida de lo infinitamente pequeño, descubriendo importantísimas leyes para la ciencia y la industria; el artista cuya inspiración le facilita medios para hacer vibrar las más recónditas fibras de nuestra sensibilidad; el obrero industrial que, en su lucha constante con la materia, elabora la infinita variedad de productos con que provee á todas nuestras necesidades, comodidades y recreación; el obrero agrícola que, desafiando los rigores de las estaciones, atiende nuestra subsistencia, y, en fin, cuantos hacen algo útil son *productores*, y únicamente por este concepto son miembros sociales.

La primera colectividad social es la agrupación local de los productores de idéntica profesión. El pacto fundamental se verifica entre el productor y la agrupación respectiva ó similar de productores.

Las agrupaciones productoras de una localidad celebran un pacto por el cual forman una entidad que facilita el crédito, el cambio, la instrucción, la higiene y la policía local, y celebra pactos con otras localidades para el crédito y el cambio en mayor esfera, á la par que las comunicaciones, transportes y servicios públicos generales y recíprocos; otras entidades formadas en virtud de condiciones geográficas especiales, como calidad y configuración del terreno, clima, etc., pueden constituirse mediante pactos especiales basados en principios económicos y de facilidad de producción, cambio y transporte.

La tierra, las minas, las fábricas, los ferrocarriles, los barcos, y, en general, todos los medios de producción, transporte, cambio y comunicación, declarados de propiedad social, deben pasar á título usufructuario á las colectividades trabajadoras.

El objetivo final de la Revolución abarca estos tres extremos:

Disolución del Estado.

Expropiación de los detentadores del patrimonio universal.

Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo; asistencia de los que aún no sean aptos para ello, así como los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros productores.

Así entendemos la Revolución, así la queremos; para efectuarla nos organizamos y consideramos que el que no está con nosotros para llevar á efecto obra tan trascendental está contra nosotros, tanto si abiertamente se nos pone enfrente, como si afectando amistad ó simpatía opone distingos, vaguedades ó condiciones.

Conste de una vez para siempre que los trabajadores revolucionarios no son escépticos ni indiferentes, como con perversa intención han propalado los demócratas de todos matices al ver que de ellos nos separábamos, sino que, por el contrario, luchamos y lucharemos con entusiasmo y convicción profunda para desenmascarar á nuestros enemigos encubiertos, vencer á nuestros enemigos declarados y hacer práctica la gran Revolución Social, que tiene señalado su plazo y su término en la cronología del Progreso.

Federación Barcelonesa, compuesta de las Secciones: Fundidores en bronce.—Pana-  
deros.—Oficios varios.—Carpinteros.—Albañiles.—Zapateros.—Impresores.—Carreteros.  
—Fundidores en hierro.—Tintoreros.—Sombrereros.—Semoleros.—Faquines.—Coche-  
ros.—Cubridores de cilindros.—Riberos.—Sastres.—Mozos del Comercio.—Tejedores  
mecánicos.—Escoberos.—Cerrajeros.

Barcelona 23 de Febrero de 1886.

Siguen más de 300 adhesiones de corporaciones obreras.

Descartando de este documento lo que tiene de accidental en razón de su fecha, y dejando subsistente lo que tiene de doctrina, queda en estado de perfecta actualidad, y le pongo mi firma, declarándome su autor, ya que por su carácter colectivo no pude hacerlo cuando se publicó por primera vez sólo con las firmas de las secciones de la Federación local Barcelonesa, y por segunda con la de todas las entidades é individuos aislados que componían la Federación Regional Española de Trabajadores.

Apoyado en tan firme base, creo que adulterar la doctrina para atraer mayor fuerza de individuos es una ilusión: no viendo nadie en el programa adulterado que presentan *Varios obreros catalanes* el suyo propio, nadie tampoco tendrá fe en él y sólo se trabajará

á su sombra, procurando cada agrupación engañar á las otras, lo cual es una inmoralidad afecta esencialmente de debilidad.

Para esto pedí la palabra en SUPLEMENTO, añadiendo que no acepto el título de *ciudadano* con que encabezan su escrito *Varios obreros catalanes*, en la parte que pudiera corresponderme.

ANSELMO LORENZO.

## Los frailes y las monjas en Portugal.

(Recuerdos de mi primera emigración.)

### II

Entraron en Lisboa los frailes Paules y las Hermanas de la Caridad, no triunfalmente, como Cristo en Jerusalén, ni como los eremitas de los siglos pasados cuando visitaban los santuarios de las ciudades, donde les aclamaban las muchedumbres que los recibían humilladas para mejor alcanzar sus santas bendiciones; entraron, repetimos, en Lisboa los frailes y monjas no entre vítores, sino al amparo que les prestaran las tropas del Gobierno, y entraron á horas distintas, en varios días y en grupos diversos, siendo conducidos sigilosamente desde el muelle hasta sus aposentos en carruajes cerrados y custodiados por lanceros de á caballo, ni más ni menos que si fuesen gentes maleantes ó grandes criminales á quienes había que escoltar para librarlos de las iras del pueblo que pretendía lyncharlos, como hacen los yanquis con los negros en Norte-América.

Y era de ver lo que todos decían ante la invasión de frailes y monjas francesas. Las censuras más apasionadas dirigían á una todas las clases y todos los partidos al Gobierno y aun al mismo Pedro V por haber permitido el desembarco. La prensa especialmente apuró todo su mejor razonamiento para demostrar el atropello que cometía contra el indifeso Portugal Napoleón III, y el abuso del Pontífice Pío IX obstinándose en su política reaccionaria para con Portugal. Latino Coelho, Alejandro Herculano, Revello da Silva, el poeta Castilho, todos los hombres más prestigiosos de la prensa lisbonense protestaban á nombre de la democracia, á nombre del país, de tan escandaloso atentado contra las leyes y la dignidad de Portugal. Un periódico festivo publicó una caricatura, obra de Sixto Cámara (ó por él al menos inspirada), que reprodujo la prensa de Europa. Se representaba en dicha caricatura á Napoleón III abierto de piernas sobre el mapa de Portugal, trayendo bajo sus brazos dos formidables ametralladoras y seguido de una numerosa legión de frailes y monjas. En segundo término aparecía Pío IX con su corte de padres de la Compañía de Jesús, monjas (1) y religiosos de varias comunidades. Esta caricatura hizo suerte, porque corrió por las planas de multitud de periódicos de París, Turín y Viena.

A todo esto se comenzó á sentir muy pronto la protesta de todo el reino contra la invasión de religiosos franceses. De Alentejo como del Algarve, de Tras os Montes como de Entre Douro é Miño, todas las clases, todos los centros vivos del país se manifestaron contrarios á la influencia monacal, publicándose en Porto y otras ciudades folletos, periódicos y papeles sueltos excitando al pueblo á repeler, como él pudiese, el establecimiento de los frailes y monjas en Portugal, siendo de notar que no hubo ni un solo portugués que se atreviese á levantar en armas, como los miguelistas auguraban, para defender á los religiosos franceses, ni la prensa reaccionaria hizo otra cosa que publicar en las terceras planas algún que otro escrito, con más ó menos firmas, no todas auténticas y recogidas

(1) *Freiras*, llaman en Portugal.

en su mayor parte por beatas y sacristanes en aldeas y conventos de monjas, entre gentes que apenas sabían firmar, poniéndoles de manifiesto su propia ignorancia el móvil que les impulsaba á la protesta.

Y es que ya desde tiempos pasados acabó la época de los mártires. Nadie expone ya su pellejo á las balas y los sabies del enemigo de la Iglesia, ni sus espaldas al pedrisco que puede salir de una nube popular por defender la religión de nuestros mayores, ni servir de escudo á los frailes y las monjas; ya sólo se da una firma ¡y gracias! para protestar contra los actos de los enemigos de la frailocracia, ó para impetrar de los poderes públicos una protección que ponga á los religiosos á cubierto de las iras populares. Y en verdad que hacen bien adoptando esta prudente conducta. ¿Para qué sacrificarse por una causa que no puede ya prosperar, que está fuera de las corrientes de los tiempos, que pugna á todo buen sentido? El monaquismo es un pantano cuyas aguas cenagosas son nocivas á la salud pública.

Alejandro Herculano, el austero y severo historiador, el ilustre autor de *El Monje del Cister* y de *Eurico el Presbítero*, escritor más popular y querido de los portugueses que lo fué el vizconde d'Almeida Garrett, con haberlo sido mucho, y que el propio Camilo Castelo Branco, á quien todos respetaban, levantó su mirada, que siempre la mantuvo elevada, y dirigió su certera puntería á Roma, escribiendo aquel famoso artículo contra el Papa que le valió los odios de la Iglesia y la conjuración de todos los reaccionarios de Portugal. El sabio historiador decía:

«Representa Roma la más alta y la más arraigada de las tiranías. Roma manda ó influye en los Estados, en los pueblos, en la familia y en los individuos. Polonia fué exterminada, á pesar de ser católica, sin la protesta de Roma. Italia no se constituye por los Papas, y fraccionada, pobre, hecha jirones, inútilmente lucha ya más de diez siglos por su unidad. España, nuestro pueblo hermano, permanece esclavo, siendo patrimonio eterno de un clero egoísta y corrompido que la prostituye y envilece. Las Américas latinas vienen siendo juguete vil del monaquismo. Roma se impone por la cobardía de los Estados libres y por las complacencias de Napoleón III. Su espíritu de dominación estrecha y egoísta se manifiesta en el ejército, en la magistratura, en la administración, en la enseñanza, en las leyes, en las costumbres, en el lenguaje, en la vida social por tanto y en todos sus órdenes. Es un férreo grilléte que se nos impone á nuestro cerebro, á nuestros sentimientos, á nuestra conciencia, á nuestra dignidad y á nuestras iniciativas desde que venimos á la vida hasta que la tierra nos cubre.

»Roma, esto es, el Papado, es un infame carcelero de la razón y del progreso humanos. En los países en donde su espíritu domina, todo adelanto se realiza indefectiblemente contra Roma y á pesar de Roma.

»Todo sabio, todo inventor, todo el hombre de ciencia, es necesariamente un desertor de la fe romana, un liberto de la tiranía papal, un emancipado de la mentira religiosa.

»Es urgente, pues, que los pueblos se unan en nombre de la justicia, de la razón y del progreso para derribar ese poder nefasto, cuya existencia constituye el mayor de los obstáculos al desenvolvimiento racional de las naciones y de las modernas sociedades.

»Ir contra Roma es trabajar por la Humanidad. Derribar el Papado será levantar el más grandioso monumento á la emancipación humana. Será también la obra más grandiosa que realizará nuestro siglo, porque acabará para siempre con ese parasismo social que sostiene Roma en todos los pueblos católicos, y con esa intrusión del Pontificado en las naciones que se llaman cristianas.»

El artículo de Herculano era una protesta viva del pueblo portugués que se sentía hu-

millado por la tiranía que contra él imponía el apóstata Pío IX, aquel Pontífice que en 1848 se sintió republicano, pues no es para olvidado que Pío IX, siguiendo el ejemplo de los soberanos de las Dos Sicilias y del Piamonte, se liberalizó en sus primeros tiempos y otorgó á su *amado* pueblo una Constitución que fué acogida con gran entusiasmo. No contento con esto, recordando que antes que Papa era italiano, reforzó con 12.000 hombres el ejército que el Piamonte se disponía á enviar contra Austria. Así son las cosas, el representante del Dios de paz preparó sus huestes, como hicieron otros muchos de sus antecesores, para hacer la guerra á otra nación católica, apostólica y romana.

Pero como ésta ejerciera presión sobre el ánimo del Pontífice, bien pronto varió de opinión, y además de retirar sus tropas, privó al pueblo romano de las libertades que le había concedido en un momento de ceguera incomprensible. Las consecuencias no se hicieron esperar. La indignación del pueblo estalló con fuerza tanta, que Pío IX tuvo que abandonar la ciudad de su residencia.

Esta vergonzosa fuga se verificó con la cooperación del duque de Harcourt y una señora bávara, la condesa de Spaur.

Después de haberse hecho anunciar con las ceremonias de costumbre, penetró el duque en la cámara de Pío IX, que ya tenía prevenido un traje de cura, y mientras el duque hablaba en voz alta, el Papa huía por una puerta secreta. El discurso del duque continuó todo el tiempo necesario para que el prófugo llegara al coche, donde le esperaba la condesa de Spaur, y cuando calculó que la maniobra estaba hecha, el duque hizo como que se despedía del Pontífice y salió del Vaticano sin que nadie sospechara lo ocurrido.

El coche, que estaba dirigido nada menos que por el propio conde de Spaur disfrazado de cochero, partió á escape y llegó á Gaeta.

La consecuencia de esta fuga fué la caída del poder temporal y la proclamación de la República en Roma, en Florencia y en Venecia. Del primer Gobierno de la Ciudad Santa formaron parte Saffi, Mazzini y otros incansables revolucionarios. En Gaeta lanzó el Papa fugitivo su protesta, pidió auxilio á las naciones católicas y entonces fué cuando España y Francia enviaron sus tropas para restablecer el solio pontificio. Hicieron ambas naciones—¡qué vergüenza!—el papel de Quijotes, y en 1850 entró en Roma Pío IX con tales ímpetus, que la reacción fué espantosa. Aún en 1854 pagaban con la vida muchos patriotas italianos su adhesión á la causa que muy pronto se vió triunfante definitivamente.

No contento con el poder despótico que ejercía en Roma el apóstata Pontífice, quería ejercerlo también en todos los pueblos católicos, y por los jesuitas, paulenses y hermanas de la caridad extendía su influencia á todos los pueblos, hasta en Portugal, donde por sus afinidades políticas y aun religiosas con Inglaterra, pocas veces sostuvo intimidades, y ahora, en 1858, se propuso llevar su perniciosa influencia, valiéndose para ello de Napoleón III que era su más fiel, aunque no siempre su más desinteresado aliado y protector.

En esta conspiración reaccionaria que los jesuitas llevaron adelante en Portugal por los años de 1858, tomaron parte muy directa todos los enemigos de la libertad, y es curioso conocer paso á paso el curso seguido de estos sucesos que en los mismos momentos que estas líneas escribimos tocan á su fin, y como era de rigor venciendo la libertad, que aunque en ocasiones dadas se la ve como eclipsada por algunos momentos, brilla después esplendorosamente para bien de todos, luciendo su redentora luz hasta borrar las tinieblas tenebrosas en que crecen y se desarrollan los reaccionarios.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

---

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.

# REVISTAS Y PERIODICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

*L'Humanité Nouvelle*.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neuilly-sur-Seine.

*Revue Franco-Allemand*.—45, rue Custine XVIIIe, París.

*El Obrero Albañil*.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.

*Freedom*.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

*Les Temps Nouveaux*.—Rue Mouffetar, 140, París.

*La Protesta*.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.

*La Defensa del Obrero*, Gijón.

*El Obrero*.—Badajoz.

*La Protesta Humana*.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

*El Nuevo Ideal*.—Maloja, 1, altos, Habana.

*El Rebelde*.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

*La Question Sociale*.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

*El Obrero*.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

*El Despertar*.—99 Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).

*L'Avenir Sociale*.—Messina (Italia).

*La Campaña*.—Correo, 5, Santiago de Chile.

*La Voz de la Mujer*.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.

*A Obra*.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

*La Aurora*.—Piedad, 94, Montevideo.

*L'Università Popolare*.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).

*O Protesto*.—Rua Evaristo de Veiga, 78, Río Janeiro.

*El Grito del Pueblo*.—Avenida Intendencia, 14, Sao Paulo (Brasil).

*El Obrero Moderno*.—Balsas, 3, Murcia.

*L'Avenir*.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

*Germinal*.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.

*Le Reveil*.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).

*El derecho a la vida*.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.

*L'Agitazione*.—Casella Postale, núm. 299, Roma.

*El Acrata*.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.

*La voz del esclavo*.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.

*Palestra Social*.—Rua Libero Badaró, 82, Sao Pau'o (Brasil).

*Federación*.—Box, 81, Tampa Flá.

*El Productor*.—Ferlandina, 49, 1.º, 2.ª Barcelona.

*Tribuna Libertaria*.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.

*L'Aurora*.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)

*L'Internazionale*.—418-420, Euston Road, Londres N. W.

*Ontwaking*.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).

*Neues Leben*.—Desdrener-Strasse, 49-II, Berlín, S.

*El Siglo XX*.—Santiago de Chile.

*Fraternidad Obrera*.—San Fernando, 70, Cartagena.

*La Emancipación*.—Coruña.

---

**Retratos**.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

# LA REVISTA BLANCA



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

|  |                     |
|--|---------------------|
| <i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i> | <i>1,50 pesetas</i> |
| <i>Idem id. id., un año.....</i>                               | <i>5 —</i>          |
| <i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>                           | <i>2 —</i>          |
| <i>Un ejemplar.....</i>  | <i>0,25 —</i>       |

*En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.*

*Los números atrasados no tienen aumento.*

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

|   |                      |
|---|----------------------|
| <i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i> | <i>1 peseta.</i>     |
| <i>Idem id. id., año.....</i>                               | <i>4 —</i>           |
| <i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>                        | <i>1 —</i>           |
| <i>Número suelto.....</i>                                   | <i>0,5 céntimos.</i> |

*En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.*

*Los números atrasados no tienen aumento.*